



Facultad de Filosofía y Letras  
Máster en Prehistoria y Arqueología

Ritual funerario en Vettonia. Una aproximación a la muerte en la  
Submeseta norte durante la Edad del Hierro

Funerary ritual in Vettonia. An approach to death in north  
Subplateau during the Iron Age

César Sánchez Domínguez

Directora: Alicia Ruiz Gutiérrez

Curso 2015 / 2016



Este Trabajo de Fin de Master ha sido posible gracias a la dirección de la doctora Alicia Ruiz Gutiérrez a quién agradezco su paciencia, su comprensión y su inestimable ayuda y guía en este proceso.

A mis padres, por su apoyo y confianza.



## RESÚMEN

En el presente trabajo se pretende analizar el mundo funerario en la sociedad de los vetones. El análisis del ritual funerario durante la segunda Edad del Hierro en la Submeseta norte ha generado controversias entorno a los modos rituales que siguieron estas gentes del mundo prerromano en Hispania. Por tanto, esclarecer cómo llevaban a cabo los vetones los distintos rituales funerarios y acercarnos a su significado, tanto social como cultural, es la premisa de este trabajo de fin de máster

## SUMMARY

In this essay I intend to analyze the funerary world in subplateau North in vettonian society. The analysis of the funeral ritual during the second Iron Age in the North subplateau has generated controversies about different ritual ways in vettonian society. Therefore, to clarify how the vettones were carrying out the different funeral rituals and to approach its meaning, both social and cultural, is the premise of this work of end of master's degree.



## Índice

1.	Introducción.....	1
1.1.	Objetivos, justificación y organización del trabajo .....	2
1.2	Metodología .....	4
1.3	Justificación .....	8
2.	Historia de la investigación .....	10
2.1	Primeros estudios: siglos XVI-XIX.....	11
2.2	Orígenes de la Arqueología en la Meseta: un nuevo tipo de aproximación a la cultura vetona (siglo XX) .....	13
2.3	Estado actual de la investigación arqueológica.....	15
3.	Marco cronológico y geográfico.....	18
4.	Caracterización del pueblo vetón .....	22
4.1	Poblamiento y hábitat vetón .....	22
4.2	Caracterización de los poblados .....	26
4.3	Economía y producción en el territorio vetón .....	29
5.	Ritual funerario .....	34
5.1	Las necrópolis Abulenses .....	39
5.1.1	El Raso (Candeleda) .....	40
5.1.2	Las Cogotas (Cardeñosa) .....	41
5.1.3	La Osera (Chamartín) .....	43
5.2	Necrópolis Extremeñas .....	47
5.2.1	La Coraja (Aldeacentenera-Torrecillas de la Tiesa (Cáceres).....	48
5.2.2	El Mercadillo (Villasviejas del Tamuja, Botija, Cáceres) .....	49
5.2.3	El Romazal I (Villasviejas del Tamuja, Botija, Cáceres) .....	51
5.2.4	El Romazal II (Villasviejas del Tamuja, Botija, Cáceres) .....	53
5.2.5	El Cardenillo (Madrigal de la Vera, Cáceres) .....	53
5.2.6	Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres).....	53
5.3	Otras formas rituales.....	54

6. Dimensión social del ritual funerario .....	58
7. Conclusiones .....	69
BIBLIOGRAFÍA.....	78

## Índice de figuras

Fig. 1: Poblamiento de los vetones en la plena Edad del Hierro. (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 103) .....	24
Fig. 2: Casas del Cerro de San Vicente (Salamanca) y otras estructuras de planta rectangular. Fuente propia.....	27
Fig. 3: “Altar de sacrificios” de Ulaca. <a href="http://1.bp.blogspot.com/-jUHIN9I-VMU/Tup3uGZOKnI/AAAAAAAAAFI/n_q-pFyRkGQ/s1600/foto+3.jpg">http://1.bp.blogspot.com/-jUHIN9I-VMU/Tup3uGZOKnI/AAAAAAAAAFI/n_q-pFyRkGQ/s1600/foto+3.jpg</a> .....	28
Fig. 4 Imagen de la tumba 109 de las Guijas B. Imagen extraída de Fernández Gómez, 1997, p. 88 .....	40
Fig. 5 Localización de la necrópolis frente a las puertas del poblado. Extraído de (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 173) .....	41
Fig. 6 Bocado de Caballo localizado en la sepultura 605, Zona II. Extraído de <a href="http://ceres.mcu.es/pages/Main">http://ceres.mcu.es/pages/Main</a> .....	42
Fig. 7 Estela de La Osera. Extraído de <a href="http://www.panoramio.com/photo/41059023">http://www.panoramio.com/photo/41059023</a> .....	44
Fig. 8 Alineamiento de tres hitos de la zona IV de la Osera formando el cinturón de ori3n. Extraído de (Baquedano & Escorza, 1998, p. 93) .....	45
Fig. 9 Estructuras tumulares de la zona VI de la Osera seg3n (Cabr3, Cabr3, & Molinero, 1950).....	46
Fig. 10 Ajuar funerario guerrero localizado en la tumba 514, zona VI de la necrópolis de la Osera (seg3n (Cabr3 et al., 1950).....	47
Fig. 11 Urna perteneciente a la tumba 42 de la Coraja. Extraído de (Heras Mora, 2001, p. 188) .....	48
Fig. 12 Estructuras tumulares de la necrópolis del mercadillo. Extraído de (Hernández Hernández & Galán Domingo, 1996, p. 19) .....	50
Fig. 13 Ajuares y urna de las tumbas 2 (dcha) y 6 (Izda). Extraído de (Hernández Hernández & Galán Domingo, 1996, pp. 24–25) .....	51
Fig. 14 Tumba 46 de El Romazal I. Extraído de (Sánchez Moreno, 2000, p. 99) ..	52

- Fig. 15 Distintas configuraciones de equipo militar a partir de los datos extraídos en Las Cogotas, La Osera (zona VI) u el Raso. Los diagramas de la parte superior indican el porcentaje en cada caso. Fuente: Álvarez-Sanchís, 1999, p. 178 ..... 60
- Fig. 16 Ejemplo de ajuares militares hallados en Las Cogotas y La Osera. A: tumba 418 (Las Cogotas); B tumba 288 (Las Cogotas); C tumba 1304 (Las Cogotas); D tumba 1359 (Las Cogotas); E tumba VI-477 (La Osera); F tumba 1354 (Las Cogotas); G tumba 284 (Las Cogotas) ..... 61
- Fig. 17 Morrillo con prótomos de caballos estilizados procedente de la tumba 514 de la zona VI en la Osera. Fotografía de Ángel Martínez Levas. Fuente: [http://ceres.mcu.es/pages/Viewer?img=/MAN/fondos\\_sello/MANF1986\\_81\\_VI\\_514\\_13\\_SEQ\\_002\\_S.JPG](http://ceres.mcu.es/pages/Viewer?img=/MAN/fondos_sello/MANF1986_81_VI_514_13_SEQ_002_S.JPG) ..... 62
- Fig. 18 Asador de hierro procedente de la tumba 514 de la zona VI de la Osera. Fotografía de Ángel Martínez Levas. Fuente: [http://ceres.mcu.es/pages/Viewer?accion=42&AMuseo=MAN&Museo=MAN&Ninv=1986/81/VI/514/14&txt\\_id\\_imagen=1&txt\\_rotar=0&txt\\_zoom=10&txt\\_contraste=0&txt\\_totallimagenes=1&dbCode=1&txt\\_polarizado=0&txt\\_brillo=10.0&txt\\_contrast=1.0](http://ceres.mcu.es/pages/Viewer?accion=42&AMuseo=MAN&Museo=MAN&Ninv=1986/81/VI/514/14&txt_id_imagen=1&txt_rotar=0&txt_zoom=10&txt_contraste=0&txt_totallimagenes=1&dbCode=1&txt_polarizado=0&txt_brillo=10.0&txt_contrast=1.0) ..... 63
- Fig. 19 Algunos de los objetos encontrados junto a los anteriores en la tumba 514 de la zona VI de la Osera (Vaina de puñal, puñal y arreos de caballo). Fotografía: Gonzalo Cases Ortega, Ángel Martínez Levas y Arantxa Boyero Lirón. Fuente: <http://ceres.mcu.es/pages/Main> ..... 63
- Fig. 20 Propuesta de posición de las fusayolas sobre uso. Fuente: (Valle, Serna, Muñoz Fernández, & Morlote Expósito, 1996) ..... 64
- Fig. 21 Diversas representaciones del caballo en territorio vetón. Procenden de Las Cogotas (7 y 10), La Coraja (3 y 6), Villas nuevas de Tamuja (4 y 5) El Berrueco (8), La Osera (9) y Yecla la Vieja (11). Extraído de Sopeña Genzor, 2008, p. 295. .... 66



# 1. INTRODUCCIÓN

Los pueblos celtas, entre los que se incluyen los vetones, han sido objeto de numerosos estudios y, en general, han llamado la atención del gran público. El conocimiento que tenemos sobre los mismos ha sido posible gracias a múltiples descubrimientos arqueológicos en toda Europa, así como a las descripciones que de ellos ofrecen los autores clásicos. Se trata de un grupo de pueblos cuyos orígenes, en parte legendarios, se remontan a la Edad del Hierro.

En el presente Trabajo de Fin de Máster abordaremos, en concreto, el estudio de las prácticas funerarias. Se trata de uno de los temas que más ha atraído a los investigadores de la Prehistoria Reciente y de la Historia Antigua, y constituye uno de los ejes principales de la investigación centrada en estos períodos. Las manifestaciones culturales y tecnológicas asociadas al mundo de la muerte han proporcionado un importante registro material que permite analizar la gestión de la muerte y las creencias en el mundo de ultratumba de estos pueblos.

Sin embargo, la arqueología, que es una fuente primordial para el estudio de la Prehistoria y la Edad Antigua, no está exenta de limitaciones. No podemos obtener un conocimiento completo del mundo funerario de pueblos antiguos como el de los vetones, ya que no todos los rituales han dejado una huella arqueológica. Por consiguiente, debemos tener en cuenta que la ausencia de datos arqueológicos no siempre permite negar la inexistencia de ciertos ritos o cultos asociados a la muerte.

Definimos “ritual” como un conjunto de actos repetidos a lo largo del tiempo de forma sistemática y que poseen una gran carga simbólica o religiosa. Obviamente, el ritual puede variar su significado a lo largo del tiempo e incluso pueden coexistir diversos tipos de rituales. Por tanto, el ritual funerario no debe interpretarse como un fenómeno estático, si bien ha de cumplir la condición de temporalidad y formalismo.

## 1.1. OBJETIVOS, JUSTIFICACIÓN Y ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

El primer objetivo de este trabajo es realizar una aportación al conocimiento del mundo funerario de la Submeseta norte. Aunque los comportamientos funerarios de los pueblos protohistóricos han comenzado a ser estudiados desde hace tiempo, aún son pocos los estudios llevados a cabo con metodologías actualizadas y acordes con los nuevos retos e hipótesis que plantea la Arqueología. Por consiguiente, hemos considerado necesario partir de un trabajo de análisis y síntesis del conocimiento que se posee sobre los diferentes yacimientos.

El segundo objetivo ha consistido en desentrañar el ritual funerario en sí mismo, intentando dilucidar si éste había sido unitario o si, por el contrario, coexistieron entre los vetones diversos ritos. En relación con este mismo objetivo hemos intentado dar solución a las preguntas que la investigación aún no ha podido responder, tales como: ¿Por qué encontramos diferentes rituales en distintas zonas geográficas? ¿Qué papel desempeñaron las mujeres en la sociedad vetona? Estas y otras preguntas que irán surgiendo a lo largo de este Trabajo de Fin de Máster se tratarán de responder de la forma más satisfactoria posible.

Adentrarnos en el mundo de las mentalidades de estos pueblos ha sido otro de los grandes objetivos de nuestro trabajo. Como ya hemos anunciado, el estudio de la Arqueología de la Muerte no puede llevarse a cabo sólo con metodología arqueológica, sino que se debe profundizar en el ámbito de lo intangible. Esta necesidad surge de la gran carga simbólica que poseían ciertos lugares y objetos documentados. Sabemos que éstos tenían un significado especial para los vetones, al que no podemos llegar a través únicamente del trabajo arqueológico. Por tanto, a la hora de desvelar toda la complejidad tanto social como religiosa e ideológica, es necesario partir de una aproximación multidisciplinar que tome por centro el hombre, su entorno y la sociedad en la que está integrado, recurriendo a ciencias sociales tales como la antropología o la sociología.

Por otra parte, se compararán los casos estudiados en relación a los ya conocidos en el resto de la Península Ibérica y Europa. Si bien el marco geográfico está bien delimitado, no podemos comprender la totalidad de aspectos sociales únicamente estudiando los casos de la Submeseta norte.

Por último, hemos tratado de hacer un trabajo de síntesis sobre los aspectos más significativos del ritual funerario en la zona geográfica objeto de este trabajo. Este objetivo surge de la necesidad de aportar un conocimiento a la investigación que no se ha llevado a cabo aún. En los distintos apartados se aborda la gran diversidad de rituales que llevaron a cabo las sociedades de la Edad del Hierro en la Submeseta norte; desde las inhumaciones en urna funeraria a la exposición de cadáveres o los rituales asociados al elemento agua.

Para comprender mejor todo el estudio, éste ha sido dividido en cinco grandes apartados. En el de **“Introducción”** se establecen los principios de la investigación y las pautas básicas del trabajo: **los objetivos y su justificación, el estado de la cuestión**, que aborda la situación actual de los estudios en nuestro ámbito de investigación, la **metodología** empleada para el estudio del ritual funerario en la Submeseta norte, y, por último, se aborda la **justificación** del trabajo, su necesidad y la motivación para realizarlo.

En el siguiente apartado se aborda la **“Historia de la investigación”**. En él se tratan de forma general los aspectos relacionados con la investigación del pueblo vetón desde las primeras noticias en el siglo XVI hasta la actualidad. Para facilitar la lectura y comprensión de este gran apartado, éste se ha sido subdividido en tres partes: 1) primeros estudios, 2) el siglo XX y 3) el estado actual de la investigación. Además, este apartado proporciona un estado de la cuestión.

A continuación, se presenta la **“Caracterización del pueblo vetón”**. Este apartado pretende ofrecer una visión global sobre los aspectos más relevantes de este pueblo de la Segunda Edad del Hierro. Se inicia con un pequeño preámbulo sobre la cultura vetona para alcanzar una mejor comprensión del ritual funerario. De nuevo, para conseguir una lectura más sencilla y comprensible, se ha optado por la subdivisión en tres apartados: 1) “Poblamiento y hábitat”, 2) “Caracterización de los poblados” y 3) “Economía y producción del pueblo vetón”.

A continuación, se expone el tema central del trabajo: **El ritual funerario**. A través de del análisis de las distintas prácticas funerarias que se dieron en el área objeto de estudio conformamos una visión global sobre el ritual funerario de los vetones. Ahondamos también en el porqué de los rituales, en su significado y en la evolución a lo largo de la Edad del Hierro.

Continúa el apartado titulado **Dimensión social del ritual funerario**. En este apartado tratamos de relacionar los distintos rituales funerarios con la esfera social del mundo vetón.

Por último, el trabajo termina con un apartado de **Conclusiones** de la investigación.

## 1.2 METODOLOGÍA

Puesto que se trata de un trabajo en esencia bibliográfico, para abordar esta investigación el primer paso ha consistido en un vaciado de la bibliografía disponible. Su lectura y revisión crítica ha supuesto el mayor aporte documental. Son pocos los restos materiales que podemos estudiar en laboratorio y que aporten alguna novedad significativa, por lo que se decidió plantear el trabajo en estos términos.

Nuestro estudio se ha realizado partiendo de la óptica de la Arqueología de la Muerte. Pero ¿Qué es la Arqueología de la Muerte? La respuesta a esta pregunta aporta el marco conceptual de este trabajo y los principios sobre los que se fundamenta nuestro estudio sobre el ritual funerario en la Submeseta norte.

La Arqueología de la Muerte es una propuesta teórico – metodológica para el estudio de las prácticas funerarias que se enmarca dentro de la Nueva Arqueología. Implica el convencimiento de que las estructuras implícitas en las prácticas funerarias expresan la realidad social o sus principios simbólicos y, por tanto, constituyen una base potencial de estudio para obtener información (Lull y Picazo, 1989).

Desde los planteamientos de la Nueva Arqueología, se plantea por vez primera el registro funerario como fuente de información privilegiada en lo referente a la estructura social y a la cultura, probando nuevos métodos para su estudio. Este planteamiento supone la superación del método positivista tradicional, orientado en mayor medida a la resolución de problemas cronológicos y de clasificación etnocultural. El gran problema del método positivista radica en que se aplica al estudio de los materiales como al de las prácticas funerarias, incluyendo aspectos tales como la forma y emplazamiento de las tumbas, el tratamiento de los cuerpos, etc. La Arqueología tradicional establece los vínculos de estos rasgos con el fin de

delimitar culturas arqueológicas que se supone son producto de la acción de entidades etno-sociales claramente definidas como razas o pueblos (Vicent, 1995).

La Nueva Arqueología se inicia en 1962, con el manifiesto teórico-arqueológico de Binford, *Archeology as Anthropology*, que supone una gran crítica sistemática de la Arqueología tradicional. A este manifiesto se le unen en 1971 la obra de Brown, *Approach to the social dimensions of mortuary practices*, que junto con la tesis doctoral de Saxe (1971) constituye el punto de partida de la Arqueología de la Muerte como Teoría del Alcance Medio.

En este sentido, aplicamos el estudio de la Arqueología de la Muerte como teoría del Alcance Medio que surge al reemplazar el dogma de la Arqueología tradicional de las culturas arqueológicas entendidas en términos etno-culturales, para ser tratadas como sistemas súper orgánicos de adaptación, dotados con sistemas de regulación que corrigen de manera homeostática los desequilibrios ecológicos o las disfuncionalidades internas que amenazan continuamente la reproducción del sistema. Así, los mecanismos de autorregulación que mantienen las propiedades y composición del sistema definen la evolución del mismo cuándo se da un cambio, el cual es perceptible en el registro arqueológico (Vincent 1999).

La cultura, en la Teoría del Alcance Medio, es entendida como un sistema de medios extrasomáticos de adaptación, un todo de partes interrelacionadas en subsistemas que cumplen funciones específicas en la regulación de los mecanismos homeostáticos del sistema social (Vincent García, 1995).

Por último, el concepto básico de esta teoría es la explicación hipotético-deductiva. El propósito de la Arqueología es considerar los hechos particulares bajo la cobertura deductiva de las hipótesis generales, es decir, la creación de leyes universales tal como son entendidas en la ciencia.

La Arqueología como ciencia no está exenta de problemas, y el primero (y posiblemente el más difícil de sortear) es que el registro arqueológico no contiene elementos directos para la constatación de este tipo de leyes. Contiene objetos materiales implicados en relaciones materiales por lo que es necesario un “lugar intermedio” entre la materialidad de los hechos y el registro arqueológico, es decir, la Teoría del Alcance Medio cuya misión es establecer las conexiones entre el contexto arqueológico presente y el contexto general pasado. Las condiciones bajo

las cuales el registro arqueológico puede ser interpretado en términos de procesos sociales que le dieron origen (Binford, 1971).

Por otra parte, el denominado “enfoque Binford-Saxe” trata de resolver el problema de la mediación del componente intencional del rito funerario en cualquier posible comprensión de su resultado arqueológico. Así pues, la variabilidad funeraria puede ser utilizada como de acceso a la complejidad.

En este enfoque el referente del símbolo funerario es la denominada “persona social” del muerto. Las diferentes “identidades sociales” (rol o roles que en vida desempeñó el difunto en la sociedad) que la definen deben tener una expresión en forma de elementos o combinaciones de elementos dentro del contexto funerario. Para resolver el problema del estatus se espera una correlación directa entre el binomio complejidad-riqueza y el rango jerárquico. Esto en sí mismo plantea un problema y es cómo medir y comparar la riqueza-complejidad de las sepulturas y cómo correlacionarla con la estructura social (Vincent García, 1995)).

Para dar solución a esta situación existen dos enfoques:

1. **Determinación objetiva de la variabilidad material del ajuar funerario:** se basa directamente en la idea de que el rito funerario supone para el grupo humano que lo practica una actividad económica, es decir, una inversión de energía o trabajo social. La categoría social del difunto es equivalente a la inversión de trabajo social que requiere su ritual funerario. Este planteamiento pretende, en definitiva, evaluar en sí mismas las tumbas en cuanto a depósito de trabajo social se refiere ya que este denota directamente la posición social del individuo y por tanto la estratificación social del grupo (Vincent, 1995).
2. **Variabilidad significativa material del ajuar funerario:** parte del supuesto de que el rango social del difunto es, efectivamente, representado por asociaciones específicas de elementos funerarios como objetos de ajuar o tratamiento funerario. El objetivo de esta corriente es tipificar la variabilidad funeraria de tal manera que las categorías resultantes pudieran ser correlativas con las categorías sociales vigentes durante la formación de la necrópolis. Este tipo de análisis confía en las propias categorías sociales reconocidas por el rito funerario y expresadas formalmente en la variabilidad de los contextos funerarios. No se basa en un sentido “económico” de las tumbas como en el primer enfoque, sino más bien en uno cognitivo (Vincent, 1995).

Sin embargo, la Arqueología de la Muerte se topa con varias dificultades muy complejas de sortear. En primer lugar, la imposibilidad de la Arqueología para estudiar lo intencional, es decir, los aspectos simbólicos de la conducta social que se encuentran expresados en los documentos funerarios. No alcanzamos a comprender el valor específico de cada objeto depositado. Los únicos objetos cuyo valor parece claro son los que fueron fabricados en bronce. Esto se deduce de su atesoramiento en depósitos, su limitada presencia en contextos domésticos y su escasa amortización en tumbas (Zapatero Ruiz, 2004)). El ritual funerario es producto de secuencias de acciones reguladas por una serie de pautas sociales cuyo significado no ha permanecido en el tiempo hasta nuestros días, por lo que el arqueólogo deberá llegar hasta ellos por medio del estudio de las mentalidades.

Los datos funerarios proporcionan gran cantidad de información si somos capaces de descifrarlos, desde pautas de jerarquización social, datos demográficos, formas de vida hasta un gran etcétera. Se trata de enfrentar la dimensión simbólica de las prácticas funerarias. Debido a que toda inferencia arqueológica que trate de dar cuenta de la variabilidad funeraria presupone, lógicamente, una teoría sobre el comportamiento funerario en las que se establecen las condiciones bajo las cuales es posible distinguir lo intencional y arbitrario de lo material o socialmente determinante en la construcción del documento funerario, se debe explicar la variabilidad material del registro arqueológico en términos socio-culturales. Establecer teorías sobre la sociedad y la cultura que se presuponen en nuestra propia investigación tiene el problema derivado de que no pueden ser contrastadas por lo que corremos el riesgo de no explicar de manera correcta nuestros presupuestos o proporcionar una información errónea en nuestro estudio.

Cabe destacar que pese a los problemas que presenta la Arqueología de la Muerte como paradigma de estudio, ésta generó un contexto ideal para poner en valor las técnicas de análisis de la Antropología física. A los estudios de los contextos funerarios se le añaden estudios sobre paleopatología y nutrición, además de análisis genéticos. Estos estudios combinados ofrecen gran información acerca de los grupos sociales tales como: efectos de la desigualdad social a partir de la incidencia diferencial de enfermedades causadas por un acceso desigual a la riqueza social, estudios sobre la dieta y su variabilidad, la división del trabajo por el desgaste de los huesos o la movilidad de los miembros del grupo o su parentesco (Vincent García, 1995)

Por otra parte, hemos querido acercarnos al mundo funerario de los grupos que poblaron la mesta occidental desde la perspectiva de la historia de las mentalidades.

La historia de las mentalidades surge del acercamiento de los historiadores a otras ciencias sociales, especialmente a la antropología. Si bien es cierto que el concepto de mentalidad es aún impreciso en líneas generales es posible definirlo como una compleja formación de ideas, representaciones o imágenes que se corresponden con ciertos comportamientos y actitudes de los diferentes individuos o grupo de individuos (Ortega, 1985). El estudio de las mentalidades nos acerca a lo cotidiano, a percibir la realidad vivida por los hombres a lo largo de su historia. El conocimiento de los comportamientos cotidianos de una sociedad nos permite alcanzar el funcionamiento de las relaciones sociales dentro de aquel grupo de personas por lo que el fin último de la historia de las mentalidades es el conocimiento y explicación de las dinámicas sociales (Ortega Noriega, 1985).

En nuestra investigación la historia de las mentalidades nos ayuda a acercarnos y comprender el final de cualquier individuo, la muerte. Las implicaciones ideológicas que conllevaron los distintos ritos funerarios únicamente son accesibles a través del estudio de las mentalidades.

### **1.3 JUSTIFICACIÓN**

En primer lugar, el presente trabajo tiene como fin último poner de relieve todo lo aprendido en el Master de Prehistoria y Arqueología mediante el ejercicio de una aplicación práctica.

A la hora de pensar en este Trabajo de Fin de Master y la necesidad de la investigación en la Arqueología de la Muerte, me di cuenta del vacío existente en este área en la Submeseta norte. Es cierto que el redescubrimiento de los vetones en los años treinta del pasado siglo revolucionó el ámbito de la Prehistoria Reciente en nuestro país, sin embargo, a pesar de que Cabré o Kurtz excavaron miles de tumbas, el conocimiento que llegó a nuestros días fue parcial. Esto se debió, en parte, a una metodología que hoy consideramos obsoleta en un tiempo en el que la Arqueología tenía otros intereses. Sin embargo, hoy tenemos nuevos planteamientos que nos invitan a buscar nuevos planteamientos a preguntas a las

que nuestros mentores no pudieron dar respuesta. Buscar más allá del número de objetos de un ajuar funerario y discernir su carga simbólica,

Así pues, decidí llevar a cabo la tarea de sintetizar en una misma obra los aspectos más relevantes del ritual funerario vetón. Esta decisión se debe a que, en esencia, una necrópolis aporta una gran cantidad de datos relacionados no sólo con la sociedad que las construyó, sino también de los habitantes de la “tierra de los muertos”. Cada individuo inhumado nos narra una historia y ésta, es fundamental para acercarnos a la historia. Además, no existe un trabajo que englobe de manera concreta el ritual funerario vetón y su problemática.

Finalmente, mi interés particular por el pueblo vetón puede deberse al hecho de haber nacido a escasos 200 metros del Cerro de San Vicente, cuna de la ciudad de Salamanca. Como habitante de la “ciudad de la niebla” ahondar en los orígenes de la ciudad que me ha visto crecer despertó mi curiosidad y sed de conocimiento. Ya desde niño me interesé por la Arqueología y el hecho de visitar el Cerro de San Vicente a tan corta edad disparó mi imaginación. Ahora que soy adulto, me he propuesto desentrañar los misterios que los vetones nos legaron a través de sus necrópolis.

## 2. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

A la hora de abordar el estudio de los vetones, es importante reflexionar, en primer lugar, acerca de lo ya investigado. En este sentido, la bibliografía es abundante. Si bien es cierto que aún carecemos de suficientes datos acerca de sus núcleos de hábitat y necrópolis, un primer vistazo a la historia de la investigación nos ayudará a comprender mejor esta cultura.

Contamos con fuentes literarias y arqueológicas, pero unas y otras no siempre son concordantes. Por consiguiente, hemos de diferenciar entre la visión de los vetones que transmiten los historiadores, basados en los testimonios de los autores antiguos, y la visión de los vetones que transmiten los arqueólogos.

Los primeros han tenido por meta encontrar los asentamientos y descubrir las características de la cultura vetona descrita en las fuentes romanas. Estas fuentes plantean problemas de objetividad y de parcialidad, pero son de gran utilidad y proporcionan una sólida base sobre la que comenzar a investigar. Por otra parte, siempre hemos de tener en cuenta que su fiabilidad ha de ser contrastada mediante estudios de investigación arqueológica.

Por su parte, los arqueólogos han aportado grandes avances al conocimiento de la cultura vetona, como puede comprobarse en la bibliografía. Los continuos avances en la investigación y la renovación del método arqueológico han permitido observar esta cultura con nuevos puntos de vista. Gracias a las excavaciones y a la sistematización cronológica de los yacimientos, hemos podido acceder a un grado de conocimiento mayor y más objetivo de la cultura material e inmaterial de los vetones. Hoy ya no se enfatiza la llegada de pueblos celtas a la Península Ibérica, sino que se investigan procesos de etnogénesis y de evolución cultural. Años de dedicación han dado sus frutos y han otorgado al pueblo vetón un papel destacado en el estudio de la evolución histórica de la Edad del Hierro en la Submeseta norte.

Numerosos congresos, publicaciones y revisiones bibliográficas de los últimos tiempos han proporcionado la base para nuestro trabajo de investigación. Sin embargo, no olvidamos el papel de los investigadores de los siglos pasados, quienes nos legaron un punto de partida para así poder afrontar el estudio de este fascinante pueblo, de su cultura y sus ritos.

## 2.1 PRIMEROS ESTUDIOS: SIGLOS XVI-XIX

Durante esta primitiva fase de estudio, que podemos definir como de carácter muy general y sin pretensiones propiamente arqueológicas, asistimos a los primeros pasos en la Arqueología del occidente de la Meseta. Ejemplos de estos primeros años, en los que el Renacimiento dominaba el ámbito cultural, son los calcos en cera de inscripciones latinas que se hallaban en los Toros de Guisando, realizados por Antonio Nebrija en 1468. Poco después de Nebrija, Diego Rodríguez de Amela publicó su *Compilación de las batallas campales*, que supuso la primera mención a los Toros de Guisando (Álvarez Sanchís, 2008, p. 17). Gracias a esta aportación, las esculturas zoomorfas esculpidas por los vetones y que hoy en día designamos de forma genérica como “verracos” adquirieron un lugar privilegiado en la historiografía española.

Más adelante, durante los siglos XVII-XVIII, los primeros intelectuales con un espíritu investigador abordaron este tema de los verracos. Las historias locales o provinciales recogían noticias sobre las antigüedades reconocidas y se aportó por vez primera un estado de la cuestión (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 17). Sin embargo, estos estudios tenían un alcance muy limitado y no aportaban datos sobre cronología o yacimientos concretos. De este período tenemos noticias de autores como Dorado (1776), Falcón (1867) y Villar y Macías (1887) en la provincia de Salamanca; Fernández Duro (1882) en la provincia de Zamora; y, finalmente, Ariz (1872), Martín Carramolino (1872) y Ballesteros (1896) en la provincia de Ávila. Todos ellos completan la información que se había obtenido desde antiguo en las distintas ciudades y generan las primeras síntesis sobre el desarrollo y origen de las mismas. Además, referencian algunos yacimientos e incluso alguna de las pioneras excavaciones realizadas en el territorio. En particular, Ballesteros encontró los afamados Bronces del Berrueco en 1896 (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 17).

A partir de 1844 se crearon las Comisiones Provinciales, que sirvieron como instrumento para proteger los restos históricos de cada provincia. Para ello se enviaba un cuestionario a los distintos municipios. Estos cuestionarios supusieron el germen de los futuros Inventarios Arqueológicos. Por otra parte, las Comisiones Provinciales evolucionaron para ser, finalmente, lo que hoy en día conocemos como Museos Provinciales. Como resultado de todo este trabajo, los primeros investigadores se dieron cuenta de que los testimonios recogidos por los distintos

municipios enraizaban con la romanidad de estos pueblos. La aparición de este organismo está intrínsecamente relacionada con el interés de carácter más sistemático que surge a partir del siglo XIX por las antigüedades. El principal objetivo de los coleccionistas era el hallazgo de objetos interesantes, pero unos pocos comenzaron a centrar su actividad desde un nuevo enfoque, con una puesta en valor de las distintas relaciones entre los objetos encontrados y los niveles del suelo dónde se localizaron. La nueva afición por la excavación a lo que se suma la nueva y pujante situación económica que vivía España (con la construcción del ferrocarril, la expansión de la minería, etc.), hicieron de este momento un punto de partida para el descubrimiento de nuevos hallazgos (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 17, 2008, pp. 17–20).

Otro hito de esta etapa fue el descubrimiento de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) en noviembre de 1876. La Comisión de Monumentos de Ávila estudió la solicitud de Fausto Rico, médico y erudito, para explotar los terrenos de Las Cogoterías. Propone una excavación. En este primer momento se halló un verraco con forma de jabalí, entre otros hallazgos. En 1879 Joaquín Rodríguez publica el primer estudio sobre la región que tituló como *La Vettonia*, basándose en las fuentes clásicas y los recientes descubrimientos. Casi al mismo tiempo, Enrique Ballesteros, autor de *Historia de Ávila y su territorio* (1896) abordaba la exploración de alguno de los yacimientos más destacados de esta provincia, entre ellos el castro de Ulaca. Proporcionó descripciones precisas de las murallas, viviendas, su famoso altar de piedra y algunos materiales destacados encontrados en superficie. También dio noticia de uno de los bronceos orientales descubiertos en el cerro del Berrueco (Álvarez Sanchís, 2008, p. 20).

Como vemos, esta primera etapa se manifiesta como clave fundamental y como germen de la base documental sobre el estudio del pueblo vetón, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Los primeros investigadores comenzaron su andadura proporcionando datos significativos y estableciendo las primeras relaciones estratigráficas que, si bien no eran tan avanzadas como las actuales, suponen el punto de partida para el conocimiento de Vettonia.

## 2.2 ORÍGENES DE LA ARQUEOLOGÍA EN LA MESETA: UN NUEVO TIPO DE APROXIMACIÓN A LA CULTURA VETONA (SIGLO XX)

Como hemos señalado anteriormente, podemos tomar 1876 como la primera fase de estudio de los vetones. Es en este punto cuando comienzan a producirse las primeras exploraciones arqueológicas en los yacimientos abulenses de Las Cogotas y El Castillo. Estos descubrimientos fueron el origen de *La Vettonia* de Joaquín Rodríguez. En esta obra abundan las observaciones sobre los verracos y el poblamiento protohistórico y romano, aunque todavía se observa la carencia de referentes cronológicos (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 18).

El primer planteamiento científico-arqueológico en la Meseta Occidental se debe a Gómez Moreno, autor del “Catálogo Monumental” de las provincias de Ávila, Salamanca, Zamora y León, publicado entre los años 1901 y 1907. Al realizar dicho catálogo, Gómez Moreno se percató de la localización estratégica de los yacimientos en lugares elevados, por lo que sintetizó toda la información sobre los castros y añadió material gráfico de los mismos. Así mismo, entre los años 1914 y 1915, el yacimiento de Ulaca (Solosancho, Ávila) fue visitado por Pierre Paris, Raymond Lantier y el Abate Breuil. En esta época se levantaron los dos últimos planos de las murallas, publicados en 1930 (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 18).

Por estos años, comenzaron las excavaciones de Roso de la Luna, Solano y Mérida, quienes realizaron su labor arqueológica entre los años 1904 y 1924. Estos investigadores centraron su atención en el poblamiento protohistórico de la región de Extremadura (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 20).

Posteriormente, el agustino César Morán abordó la investigación de Salamanca y otras provincias limítrofes (Morán 1922; 1924; 1933; 1940; 1946). Los resultados de sus prospecciones suponen una importante acumulación de datos y un exhaustivo mapa de la zona arqueológica. A grandes rasgos, consiguió sintetizar en sus grandes líneas la Prehistoria Reciente salmantina. Su colección personal de materiales arqueológicos se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Salamanca, en la sección de arqueología (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 20).

El impulso definitivo a la arqueología de la Meseta occidental llegó de la mano del Dr. Juan Maluquer. Este impulso viene definido por tres acontecimientos de gran relevancia. En primer lugar, la creación en 1950 del Seminario de Arqueología de la

Universidad de Salamanca y el surgimiento de la revista de arqueología *Zephyrus*. El siguiente paso fue la inclusión de Salamanca en la Carta Arqueológica de España (1956). Finalmente, la lectura estratigráfica de los yacimientos de Castillejos de Sanchorreja (Ávila) y el Berrueco (Ávila) a lo que más tarde se añadió la publicación de la Zona VI de la necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila) y las excavaciones en los castros de San Vicente (Salamanca), Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca) y el Raso (Candeleda, Ávila) (Álvarez Sanchís, 2008, p. 25).

En esta etapa de impulso investigador, otra figura clave fue Wattenber. En 1959 inició las excavaciones en Numancia, lo que contribuyó a una visión unitaria de la Edad del Hierro en la Submeseta norte. Wattenber estableció un marco cultural común (la llamada “cultura celtibérica”) y estableció el área nuclear de los pueblos arévacos y vetones del valle del Duero.

Además, las excavaciones sistemáticas en Soto de Medinilla (1957-65) llevadas a cabo por Palol permitieron por vez primera identificar varios poblados superpuestos. Se pudieron atribuir las primeras ocupaciones a un horizonte céltico (Soto I-II), diferente del vacceo (Soto III), que poseía cerámica a torno. La expansión de estas gentes hacia occidente explicaba muy bien las fechas propuestas por Maluquer en el nivel superior de Sanchorreja con cerámicas a peine, que marcaban el inicio de la Segunda Edad del Hierro entre los vetones (Álvarez Sanchís, 2008, p. 26).

Finalmente, se añade la investigación de Shüle (1969), que sintetizó los materiales metálicos hallados en las distintas necrópolis de la Meseta.

Durante este período fueron dos los yacimientos que generaron un mayor interés: Las Cogotas y la necrópolis de La Osera. Ambos yacimientos fueron identificados como vetones y su descubridor, Juan Cabré, fue el protagonista absoluto. El estudio de ambos yacimientos entre 1930 y 1932 dio como resultado el establecimiento de una periodización para la Prehistoria Reciente de la Meseta occidental que se mantuvo hasta tiempos muy recientes (Álvarez Sanchís, 2008, pp. 21–24).

## 2.3 ESTADO ACTUAL DE LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA

A partir de la década de los setenta del siglo pasado, los investigadores Ricardo Martín Valls y Germán Delibes de Castro comenzaron a dar a conocer nuevos yacimientos, asociados a materiales hallados en superficie, e iniciaron el estudio de nuevas vías de aproximación a la Edad del Bronce y la Edad del Hierro. Abordaron cuestiones fundamentales para la investigación, como el estudio e interpretación cronológica y cultural del grupo de cerámicas de incrustación.

De los diversos análisis surgió la denominación de Cogotas I para el grupo indígena de la Edad del Bronce. Martín Valls estableció en su tesis doctoral la división de períodos dentro de Cogotas II. De esta manera, el grupo de Cogotas IIa fue caracterizado por la presencia de cerámicas a peine, además de algunos tipos de materiales metálicos. Esta etapa fue datada a mediados del primer milenio. En cuanto al grupo de Cogotas IIb, éste fue caracterizado por las cerámicas fabricadas a torno de tipo celtibérico. De este grupo partirá la idea de etnicidad (Álvarez Sanchís, 2008). En este sentido, se abandonó la idea de aportación céltica, tal y como Cabré ya había advertido años atrás. Por tanto, el grupo de Cogotas se desarrolló como una cultura dentro del marco de la Edad del Bronce (con antecedentes en la cultura de Cienpozuelos) y que, gracias al contacto con otros grupos, evolucionó hasta conformar el grupo vetón. Además se aportó una solución al vacío existente para el poblamiento de la Primera Edad del Hierro en virtud de las cerámicas pintadas y de los tipos metálicos de la facies “Soto” (Álvarez Sanchís, 2008, p. 26).

Ya a partir de los años ochenta del siglo XX se rompe completamente con el concepto “invasorista” como clave para entender el desarrollo tanto de la Edad del Bronce como de la Edad del Hierro. Esta ruptura coincide, además, con la revisión a nivel europeo del concepto de “celta”. En el año 1984 se celebró en la Universidad de Salamanca el Primer Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, cuyas actas fueron editadas como monográfico de la revista *Zephyrus* (nº 1986-1987), publicado en 1990. Este Coloquio representó el inicio de nuevas vías de aproximación al conocimiento de los celtas en la Península Ibérica (Álvarez Sanchís, 2008). Hasta finales de la última década del siglo XX las distintas investigaciones sobre la Segunda Edad del Hierro se centrarán sobre todo en elementos aislados identificados por Cabré como fundamentales a la hora de definir

la cultura de Cogotas II. En particular, serán objeto de atención las esculturas zoomorfas, las armas halladas en necrópolis de incineración y todo lo referente a tipología cerámica.

Según la secuencia establecida por Martín Valls (1985-1986/1987) para la Segunda Edad del Hierro en el valle del Duero, la fase de Cogotas Ila venía a marcar un tránsito entre el Hierro Antiguo y una nueva etapa. Esta sistematización respondía a la segunda vía de aproximación a estos períodos gracias a la secuenciación de estos períodos en la Meseta occidental. Así, la cerámica a peine y el amurallamiento de los poblados occidentales eran los dos marcadores que indicaban esta nueva fase. En la siguiente fase se asiste a la renovación cultural de éstos y otros elementos en los distintos sectores de la Meseta dando un proceso de regionalización entre los siglos IV y III a.C., que se resumió en cuatro grupos: 1) Castros noroccidentales de León y Zamora; 2) Grupo Miraveche – Monte Bernorio; 3) Castros protoarévacos; 4) Grupo de Cogotas IIb o Cultura de los Verracos. El grupo de Cogotas IIb fue identificado con los vetones históricos a partir de sus rasgos más emblemáticos, como las esculturas de verracos, los castros y las necrópolis del área abulense-salamantina y las decoraciones a peine en las distintas producciones cerámicas (Álvarez Sanchís, 2008, p. 27).

Por último, añadiremos que el desarrollo de la arqueología urbana ha contribuido en gran medida al estudio de la cultura de los verracos. Durante dos décadas ha tenido lugar un avance espectacular en la investigación, coincidiendo con una etapa de bonanza económica y de boom en la construcción, así como de mayor concienciación por parte de las administraciones en materia de protección y divulgación del patrimonio histórico-arqueológico. Esta situación propició, por ejemplo, las excavaciones en el Colegio Trilingüe de Salamanca y en la Plaza del Mercado Grande en Ávila. Gracias a estas actuaciones se progresó de forma considerable en el conocimiento del desarrollo histórico de las antiguas *Salmantia* y *Avila*, cuyos orígenes se encuentran en sendos castros vetones.

Por otra parte, desde las diputaciones y provincias las Cartas e Inventarios Arqueológicos se someten a continuas revisiones y actualizaciones, lo cual revierte en una reactualización constante del conocimiento histórico (Álvarez Sanchís, 2008, p. 28).

Las distintas instituciones, locales y regionales, procuran hacer visible la historia de los vetones. Así, en 2001, se realizó la exposición *Celtas y Vettones* en

la ciudad de Ávila. Por otra parte, gracias al Proyecto Europeo Interreg III-A: *Castros y Verracos Célticos* (2003-2005) fue posible la conservación y acceso a la herencia arqueológica de esta cultura en las provincias de Ávila, Salamanca y algunas comarcas del norte de Portugal. Este proyecto fomentaba el arqueoturismo. Fruto del mismo fue la creación de un espacio cultural permanente en la Diputación de Ávila llamado *Vettonia: cultura y naturaleza* (2005).

### 3. MARCO CRONOLÓGICO Y GEOGRÁFICO

El objetivo de este apartado es analizar el marco cronológico y geográfico de los vetones, en el conjunto de la Península Ibérica.

A la hora de afrontar este apartado hemos de tener en cuenta que la información que poseemos sobre los vetones hasta hace no mucho tiempo provenía exclusivamente de las fuentes de estudio clásicas, como las obras de Estrabón y de Plinio, y que no ha sido sino en época reciente que los investigadores han comenzado a separar a los vetones descritos en las fuentes clásicas de aquellos que revelan las fuentes arqueológicas.

Con referencia al marco cronológico, hemos de situarnos en la Segunda Edad del Hierro, entre los siglos IV y III a.C. Se debe destacar que para la datación de esta etapa carecemos de secuencias estratigráficas sólidas y que, por lo tanto, la cronología, en esencia, ha sido deducida a partir del estudio del binomio cultura material-tipo de yacimiento. En cualquier caso, está claro que nos referimos a un período de gran expansión para las comunidades indígenas de la Meseta norte (Álvarez-Sanchís, 2003, p. 152).

Sabemos que en este período las gentes de Cogotas sufrieron un proceso de etnogénesis, es decir, el desarrollo de una compleja y prolongada transformación de substrato de Cogotas I en el que intervinieron elementos indígenas a los que se añadieron elementos de las denominadas “culturas atlánticas” y elementos orientalizantes. Así mismo se halla en este cambio un componente de adaptación al medio. En este sentido parece que los vetones provienen de un sustrato de Cogotas I (Sánchez Moreno, 2000).

Para comprender mejor el término de etnogénesis hemos de tratar el concepto de etnicidad. Shenan (1989) definió etnicidad como la identificación autoconsciente de un grupo determinado basada en un origen común. En este punto expresa tres rasgos fundamentales de la etnicidad: la propia percepción del grupo, la delimitación que éste ocupa y su continuidad como tal a partir de unos ancestros comunes.

Jones (1997: XIII) identifica la etnicidad desde un plano individual, es decir, un individuo con rasgos propios de un grupo mayor. Para Jones, grupo es el conjunto

de personas con identidades diferentes a las de otros grupos. De esta manera, etnicidad es la combinación de individuo y grupo con rasgos y características propios en función de un origen común. Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que las identidades no son inmutables, sino que las distintas circunstancias del binomio individuo-grupo cambian a lo largo de la historia y, por lo tanto, pueden conformar nuevas identidades.

Desde el punto de vista arqueológico, la etnicidad se conforma a través del estudio de la cultura material (Ruiz Zapatero & Álvarez Sanchís, 2002, p. 257).

De manera tradicional se han establecido dos elementos fundamentales para marcar el apogeo de esta cultura de la Segunda Edad del Hierro: el amurallamiento de los poblados y la cerámica a peine (Sánchez Moreno, 2000). Es menester considerar que el amurallamiento de los poblados no es un fenómeno único y exclusivo de este período; es más, podría decirse que es la continuación de un fenómeno que ya existía en la Primera Edad del Hierro, como se observa en los castros del Castillejo de Sanchorreja, en el basamento de muralla hallado en el Teso de las Catedrales (Salamanca) o en el castro de Ocenilla (Soria) (Esparza Arroyo ; Martín Valls, 1992, pp. 268–269).

Por otra parte, se piensa que el amurallamiento no responde a necesidades exclusivamente defensivas, sino que puede relacionarse con el desarrollo socio-económico del poblado correspondiente. Además de ser reflejo de la riqueza de la comunidad que ha asumido su construcción, la muralla puede vincularse a la evolución demográfica del castro y puede interpretarse, asimismo, como un símbolo de su identidad (Sánchez Moreno, 2000). En este mismo sentido se pueden interpretar las producciones cerámicas a peine. En las primeras investigaciones llevadas a cabo por Maluquer sobre este tipo de vasijas, se establecía que esta tipología daba comienzo a la Segunda Edad del Hierro.

Respecto al marco geográfico, no es sencillo determinar con exactitud el territorio identificado por los romanos con la Vettonia, así como tampoco procede hablar de límites o fronteras fijas. Esto se debe, en primer lugar, al carácter móvil de las comunidades prerromanas, muy adaptadas a la realidad de unos límites naturales, impuestos por la orografía y la hidrografía especialmente. La investigación moderna ha superado esquemas “tradicionales”, en los que lengua, etnia (entendida de forma estática) y cultura material eran concebidos como un valor absoluto y convergente en un mismo marco territorial (Sánchez Moreno, 2000, p. 172).

Hoy en día son otros los factores que nos ayudan a comprender el territorio durante la Prehistoria. En este sentido, el patrón de asentamiento, hábitos sociales, lengua o la propia economía de un grupo está sujeta a cambios constantes debido a nuevos influjos culturales o necesidades específicas en un momento determinado. Además, dentro de un mismo territorio pueden darse formas culturales distintas, como muestran las distintas facies de un mismo tipo cerámico o de producción metálica o variantes en la misma lengua o incluso distintos ritos funerarios.

Por lo tanto, queda claro que cualquier territorio está sujeto a cambios en el *continuum* espacio-tiempo. Como ya se ha indicado, en términos de etnicidad, el amurallamiento y la cerámica a peine son los dos elementos fundamentales a la hora de identificar el espacio vetón. Tomando en cuenta ambos factores, durante la Segunda Edad del Hierro el área nuclear de la Vettonia se encuentra entre las cuencas del río Tormes/Duero y del Tajo.

Desde una perspectiva arqueológica es fundamental tener en cuenta que rara vez existe la certeza de que los hallazgos de cultura material de un determinado territorio son exclusivos de éste. Es necesario por ello dar una gran importancia a los distintos fenómenos de aculturación e interrelación de distintos grupos sociales, ya sean éstos del mismo territorio o de áreas de contacto. Estas relaciones son las que marcan la propia identidad de la cultura (Sánchez Moreno, 2000, p. 173).

Encontramos un claro ejemplo de esta situación en las citas de Polibio y Ptolomeo con respecto a la ciudad de Salamanca. Polibio (3,14,1) menciona el ataque de Aníbal a *Helmantiké*, ciudad vaccea<sup>1</sup> identificada con la capital charra. Por su parte, Ptolomeo (II, 5, 9) identifica esta localidad con *Salmantica*, en cuyo lugar habitaban los vetones. La explicación de esta contradicción en las fuentes literarias parte de dos posibles lecturas. La primera contempla una variación del territorio reconfigurado tras la conquista de Roma a costa de los vacceos. La segunda postula todo lo contrario: tras la conquista romana, los vacceos habrían devuelto el territorio a los vetones. Desde un punto de vista arqueológico, la solución es sencilla: la capital del Tormes perteneció a los denominados “pueblos celtibéricos” y resulta imposible distinguir los asentamientos propiamente vetones de los vacceos (Esparza, Arroyo & Blanco González, 2008, p. 81).

---

<sup>1</sup> Los vacceos son un grupo prerromano coetáneo de los vetones y asentados en los mismos territorios, aunque con rasgos culturales propios.

Las prospecciones arqueológicas llevadas a cabo en la zona suroeste de la Meseta han dado pobres resultados, pues no podemos hablar de trabajos realizados en profundidad. Por lo tanto, es difícil precisar hasta qué punto los datos extraídos son significativos (Álvarez-Sanchís, 1999). En este sentido continúa la problemática, pues al trabajar con un conjunto de evidencias arqueológicas incompletas es necesario generalizar a partir de los casos mejor conocidos, tales como Las Cogotas, Ulaca o Yecla de Yeltes, entre otros (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 102).

Por lo tanto, si bien los límites no son exactos, los vetones se situaron en las provincias de Salamanca (en su práctica totalidad), el suroeste de Zamora, Ávila (a excepción de su vertiente noroeste), Cáceres (exceptuando su sector occidental), el oeste de Toledo y el extremo noroeste de Badajoz. Este amplio espacio geográfico queda a su vez vertebrado por las alineaciones montañosas del Sistema Central, que asimismo forman la divisoria de aguas que vierten en los ríos Duero, Tajo y Guadiana. El río Coa, muy próximo a la frontera hispano-portuguesa y las estribaciones de la Sierra de Guadarrama, entre Ávila y Madrid, señalan los límites occidental y oriental respectivamente (Álvarez-Sanchís, 1999 y 2008; Sánchez, 1998).

Por último, desde el punto de vista climático, la región objeto de estudio se caracteriza por un clima continental, en el que alternarían inviernos largos y fríos, con largos períodos de heladas, y veranos secos (Sánchez Moreno, 2000, p. 168). A grandes rasgos, las condiciones climáticas de la región poblada por los antiguos vetones no serían muy diferentes de las que se dan en la actualidad.

En resumen, la cultura vetona se dio en un amplio territorio de la Sub-meseta norte y en parte de la Sub-meseta sur. El paisaje agrario fue en aquella época preponderante (Álvarez-Sanchís, 1999). Los vetones controlaban un territorio de aproximadamente 3.200 km<sup>2</sup> (Álvarez Sanchís, 2008).

## **4. CARACTERIZACIÓN DEL PUEBLO VETÓN**

A lo largo de este apartado introduciremos los aspectos más relevantes de la cultura vetona. Es evidente que conocer los aspectos básicos de la evolución del pueblo vetón, su cultura, costumbres, modos de vida y producción es básico para comprender el ritual funerario.

Los siglos IV y III a.C. contemplan la rápida expansión de las sociedades indígenas de la Meseta. Durante este periodo asistimos a la generalización del denominado fenómeno castreño. Se construyen nuevos asentamientos de mayor tamaño, en comparación con los hallados en el Hierro I. Hasta que el fenómeno castreño no se generaliza, no se observa en el territorio una jerarquización del poblamiento. Esta evidencia alcanza su máxima expresión en los albores de la conquista romana (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 101).

A partir del siglo IV a.C. se produce un crecimiento demográfico y material significativo en el territorio que comprenden las tierras altas de las provincias de Ávila y Salamanca y el valle medio del Tajo (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 101).

En esta etapa, además, asistimos a la generalización de la metalurgia del hierro y a la adopción a gran escala del torno de alfarero.

Obviamente, estos cambios no se producen de manera inmediata en todo el territorio, pero permiten hablar de un nuevo período, que no tiene por qué significar necesariamente una ruptura con el anterior.

### **4.1 POBLAMIENTO Y HÁBITAT VETÓN**

A la hora de abordar el hábitat y el poblamiento de los vetones es preciso tener en cuenta que el acceso al conocimiento de los yacimientos arqueológicos que nos informan sobre estas cuestiones no está exento de problemas.

La organización del espacio y el territorio evidencian un modelo jerarquizado. Debido a que en las cartas provinciales e inventarios arqueológicos las prospecciones llevadas a cabo en territorio vetón no se hallan recogidas con la exactitud deseada, no podemos saber hasta qué punto son significativos los datos extraídos de estos cuerpos documentales. (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 103).

En este sentido, debemos considerar el estudio a partir de los yacimientos mejor conocidos y más estudiados. Entre ellos destacan: Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Ulaca, El Raso y la propia ciudad de Salamanca.

El estudio cronológico presenta las mayores dificultades. Estas obedecen a la posición confusa de algunos materiales y yacimientos en relación a la fase inmediatamente anterior a la plena Edad del Hierro. Lo que sí parece claro es que el poblamiento debió de haber sido homogéneo y continuo desde el siglo III al I a.C. (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 103).

El hábitat se distribuye esencialmente en tres zonas claramente delimitadas: Valle de Amblés (Ávila), sur de Gredos y, finalmente, las cuencas del Tormes, Hebra, Camaces y Águeda.

El Valle de Amblés cuenta con una importante ocupación desde la Edad del Bronce. En el interior de este valle se distinguen dos zonas de elección de hábitat netamente diferentes. Por una parte, los yacimientos situados en las estribaciones del valle y las sierras que lo circunscriben. Algunos ejemplos de este tipo de hábitat son: Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Ulaca o Sanchorreja. Por otro lado, encontramos las zonas situadas en las proximidades de la vega como Muñogalindo, Padierno, el Picón de la Mora o la Ermita de Sonsoles. Sin embargo, cabe destacar que estos últimos no cuentan con amurallamiento y son de menor entidad respecto a los situados en la zona de sierra (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 104).

En el sur de Gredos, a lo largo del valle del Tiétar, encontramos una serie de poblados de creación *ex novo* en sentido longitudinal. Entre ellos destacan los castros de Escarbajosa, La Pinosa o Berrocal (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 104).

Finalmente, las construcciones halladas en las cuencas del Tormes, Hebra, Camaces y Águeda destacan igualmente por pertenecer, en su mayoría, a edificaciones de nueva planta como: Picón de la Mora, Yecla la Vieja o Las Merchanas (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 104).

Por tanto, podemos asumir que la ocupación del territorio presenta diferencias sustanciales entre la provincia de Ávila y la cuenca media del Tajo, sumada a las regiones más occidentales de la submeseta Norte. En este caso, podemos decir que en la primera región predominan los asentamientos con continuidad desde la etapa anterior o incluso desde la Edad del Bronce (Las

Cogotas), mientras que en la segunda se tiende a crear poblados de nueva formación.

Todo ello sugiere que el sustrato de la Edad del Bronce/ Hierro I ha podido influir con distinta intensidad en cada área. Sin embargo, la creación de poblados durante este último período de la Edad del Hierro refuerza la idea de un aumento considerable de la población. De los aproximadamente 136 poblados vetones que se han localizado, al menos el 71% son fundaciones *ex novo*. (Álvarez-Sanchís, 1999, pp. 104–106).

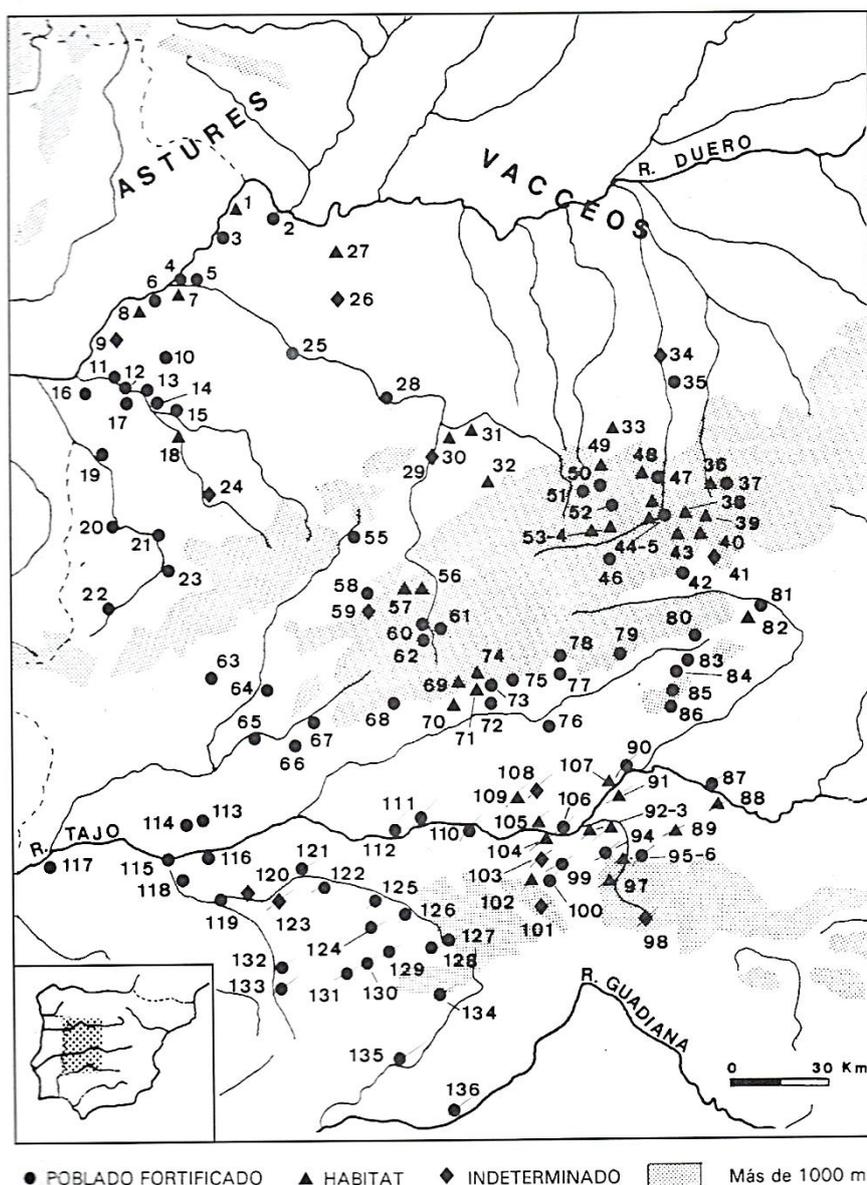


Fig. 1: Poblamiento de los vetones en la plena Edad del Hierro. (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 103)

<sup>2</sup> 1. San Mamede (Villardiegua de la Ribera, Zamora); 2. Moral de Sayago (Zamora); 3. El Castillo (Fariza, Zamora); 4. Castillo Moro (Fermoselle, Zamora) (?); 5. Fennoselle (Zamora); 6. Virgen del Castillo (Pereña, Salamanca); 7. San Cristóbal (Villarino de los Aires, Salamanca); 8. Camino de Corporario (Masueco, Salamanca); 9. Teso del Dinero

En última instancia, el análisis del poblamiento sugiere un sistema regional de asentamiento jerarquizado. En estas circunstancias parece evidente la

---

(Cerezal de Peñahorcada, Salamanca) (?); 10. Las Uces (Valsalabroso, Salamanca); 11. El Castillo (Saldeana, Salamanca); 12. Castillo de Saldañuela (Bermellán Salamanca); 13. El Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores, Salamanca); 14. Los Castillos (Yecla de Yeltes, Salamanca); 15. Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes, Salamanca); 16. Cabezo de S. Pedro (Hinojosa de Duero, Salamanca) (?); 17. Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca); 18. Las Cercas (Villavieja de Yeltes, Salamanca); 19. Castehnao (San Felices de los Gallegos, Salamanca); 20. La Plaza (Gallegos de Argañán, Salamanca); 21. Ciudad Rodrigo (Salamanca); 22. Iruña (Fuenteguinaldo, Salamanca); 23. Lerilla (Zamarra, Salamanca); 24. Castraz (Salamanca) (?); 25. Ledesma (Salamanca); 26. Peñausende (Zamora); 27. La ruda (Zamora); 28. Salamanca; 29. Alba de Tormes (Salamanca); 30. Cuesta de Sta. Ana (Garcihemández, Salamanca); 31. Coca de Alba (Salamanca); 32. Los °cuestas (Alaraz, Salamanca); 33. Papatrigo (Ávila); 34. Arévalo (Ávila) (?); 35. Orbita (Arévalo, Ávila); 36. El Cabezo (Ojos Albos, Ávila); 37. Cerro de la Cabra-Peña Mingubela (Ojos Albos, Ávila); 38. Cerro Cervera (Ávila); 39. La Serna (Ávila); 40. El Colmenar (Tornadizos, Ávila); 41. Sta. Cruz de Pinares (Ávila); 42. El Barraca (Ávila); 43. Ermita de Sonsoles (Ávila); 44. Ávila; 45. Bascarrabal/Narrillos de San Leonardo (Ávila); 46. Ulaca (Solosancho, Ávila); 47. Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila); 48. El Castillo (Cardeñosa, Ávila); 49. Horcajuelo (Bravos, Ávila); 50. La Mesa de Miranda (Chamanín de la Sierra, Ávila); 51. Despoblado (Ávila); 52. Sanchorreja (Ávila); 53. Muñogalindo (Ávila); 54. Padiernos (Ávila); 55. Monleón (Salamanca); 56. Los Tejares-El Berrueco (El Tejado, Salamanca); 57. Las Paredejas-El Berrueco (Medfizilla, Ávila); 58. La Corvera (Navahnorral de Bejar, Salamanca); 59. Béjar (Salamanca) (?); 60. Cuesta de las Viñas (Barco de Ávila, Ávila); 61. Encinares (Ávila); 62. Era de los Moros (Cabezas Altas, Ávila); 63. Castillejo (Sta. Cruz de Paniagua, Cáceres); 64. Cáparra-La Villeta (Oliva de Plasencia, Cáceres); 65. Berrocalillo (Plasencia, Cáceres); 66. El Camocho (Malpartida de Plasencia, Cáceres); 67. Villavieja (Casas del Castañar, Cáceres); 68. Los Picos (Aldeanueva de la Vera, Cáceres); 69. El Cardenillo (Madrigal de la Vera, Cáceres); 70. Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres); 71. El Castañar (Candeleda, Ávila); 72. El Castrejón (Candeleda, Ávila); 73. El Raso (Candeleda, Ávila); 74. Prado de la Carrera (Candeleda, Ávila); 75. Castillejo de Chilla (Candeleda, Ávila); 76. Navalcán (Toledo); 77. El Berrocal (Arenas de San Pedro, Ávila); 78. Fuente Blanca (Mombeltrán, Ávila); 79. La Pinosa (Gavilanes, Ávila); 80. Escarabajosa (Santa María del Tiétar, Ávila); 81. Ahnoerón (S. Martín de Valdeiglesias, Madrid); 82. Navarredonda (S. Martín de Valdeiglesias, Madrid); 83. El Moro (Higuera de las Dueñas, Ávila); 84. El Castrón (Fresnedilla, Ávila); 85. Cabeza del Oso (Real de San Vicente, Toledo); 86. Castillo de Bayuela (Toledo); 87. Castillo de Villalba (Cebolla, Toledo); 88. Torrejón (Malpica de Tajo, Toledo); 89. Macarro (S. Martín de Pusa, Toledo); 90. Talavera de la Reina (Toledo); 91. Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo); 92. Cascajoso del Río (Belvís de la Jara, Toledo); 93. El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo); 94. El Castillazo (Belvís de la Jara, Toledo); 95. Villarejos (Alcaudete de la Jara, Toledo); 96. Castrejón (Retamoso, Toledo); 97. Los Maillos (Belvís de la Jara, Toledo); 98. Robledo del Mazo (Piedraescrita, Toledo); 99. La Estrella (Estrella de la Jara, Toledo); 100. Castrejón (Aldeanueva de San Bartolomé, Toledo); 101. Mohedas de la Jara (Toledo); 102. Toconal (Carrascalejo de la Jara, Cáceres) (?); 103. El Castillo (Navahnorralejo, Toledo); 104. Calera de Fuentidueña (Azután, Toledo); 105. El Royo (Puente del Arzobispo, Toledo); 106. La Mesa-El Rincón (Alcolea de Tajo, Toledo); 107. La Alcoba (Talavera de la Reina, Toledo); 108. Oropesa (Toledo); 109. Caleruela (Toledo); 110. Talavera la Vieja (Embalse de Valdecañas, Cáceres); 111. La Muralla (Valdehúncar, Cáceres); 112. Castillejos. (Valdecañas, Cáceres); 113. Cáceres el Viejo (Casas de Millón, Cáceres); 114. Sta. Marina (Cañaverál, Cáceres); 115. Alconétar (Garrovillas, Cáceres); 116. La Torrecilla (Talaván, Cáceres); 117. Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres); 118. Santiago del Campo (Cáceres); 119. El Agujón de Pantoja (Trujillo, Cáceres); 120. Sta. Ana (Monroy, Cáceres); 121. Villeta de la Burra (Trujillo, Cáceres); 122. El Pardal (Trujillo, Cáceres); 123. Villeta de Azuquén (Trujillo, Cáceres); 124. Almorquí (Madroñera, Cáceres); 125. La Coraja (Aldeacentenera, Cáceres); 126. La Hoya (Aldeacentenera, Cáceres); 127. La Dehesilla (Berzocana, Cáceres); 128. Castrejón (Berzocana, Cáceres); 129. Valdeagudo (Madroñera, Cáceres); 130. Castillejos (Conquista de la Sierra, Cáceres); 131. Castillejo (Sta. Cruz de la Sierra, Cáceres); 132. Molino Villarejo (Plasenzuela, Cáceres); 133. Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres); 134. San Cristóbal (Logrosán, Cáceres); 135. Los Castillejos (Madrigalejo, Cáceres); 136. Cerro Cogolludo (Orellana la Vieja-Navalvillar de Pela, Badajoz). En: Álvarez-Sanchís, 1999, p. 102

especialización de los asentamientos. Los situados en fondos de valle, establecidos sobre suelos fértiles aluviales, dedicarían su actividad económica a la agricultura especialmente, mientras que los situados en las zonas de sierra centrarían sus esfuerzos en la actividad ganadera (Blasco Bosqued, 2008, p. 126).

Por su parte, la evolución de las sociedades indígenas no parece haber sido ni unánime ni repentina. Así, contamos con distintos tipos de asentamiento como son los *oppida*, castros y aldeas. Los núcleos de población de mayor entidad suelen encontrarse próximos a las vías de comunicación principales. De forma segura esta proximidad responde a la necesidad del control comercial. Otros asentamientos se alzan en zonas determinadas por el control de recursos o necesidades defensivas específicas (Álvarez-Sanchís, 1999).

## **4.2 CARACTERIZACIÓN DE LOS POBLADOS**

La organización interna de los poblados nos habla del modo de vida de los vetones y su sistema social.

En primera instancia se observa que, a partir del Hierro Pleno, asistimos a un cambio significativo en cuanto a la concepción del espacio, pues la vivienda cambia su planta circular por una cuadrada. Este cambio no siempre es asumido en su totalidad, ya que en ciertos yacimientos como el Cerro de San Vicente conviven ambos tipos de construcción.

Este nuevo tipo de planificación de la vivienda supone para los distintos investigadores un cambio profundo en la vida doméstica y social de las comunidades vetonas (Martín Hernández, Ruiz Zapatero, & Lorrio Alvarado, 1986), (Almagro Gorbea, 1994, pp. 24–26) y (Vela Cossío, 1995, pp. 263–264) .

Se conocen viviendas en Las Cogotas, El Raso, Ulaca, La Corja, etc., sin embargo pocas han sido objeto de excavación o prospección. Por tanto, la documentación disponible para el análisis es parca. A pesar de ello, sabemos que no difieren en exceso de las halladas en los contextos del Hierro I. Manifiestan cierta diversidad en el tipo de material constructivo. En terrenos de carácter sedimentario se emplea mayoritariamente el adobe, mientras que en zonas de formaciones graníticas se utiliza la roca. Sin embargo, lo más habitual es el empleo de técnica mixta en la que la vivienda es construida a partir de un primer zócalo de piedra al que se añade un muro de adobe y cubierta vegetal (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 141).

Las casas pueden ser de planta sencilla, con una única estancia articulada en torno a un hogar central, o bien espaciadas en diversas habitaciones (entre dos y cuatro). A partir de la generalización de los asentamientos tipo castro, es más habitual encontrar el segundo tipo y planta rectangular.

Por otra parte, las excavaciones llevadas a cabo en Las Cogotas, Mesa de Miranda y Villasviejas del Tamuja han dado como resultado el hallazgo de grupos de viviendas adosadas a las murallas. Este es a su vez un rasgo característico de los conjuntos de yacimientos “celtíbericos” del oriente de la submeseta norte y del valle del Ebro (Álvarez-Sanchís, 1999, pp. 141–143).



*Fig. 2: Casas del Cerro de San Vicente (Salamanca) y otras estructuras de planta rectangular. Fuente propia.*

En el interior de las casas con frecuencia se ha encontrado parte del equipamiento doméstico. Los objetos más comunes son molinos de mano (mayoritariamente circulares), pesas de telar y, raramente, moldes de fundición y restos de escoria metálica. Finalmente, la cerámica se encuentra en mayor proporción dentro de las viviendas (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 144).

En la casa C de La Mesa de Miranda, observamos que el conjunto de la vivienda fue planificado y cuenta con una distribución de las habitaciones en eje norte-sur. Casi todas las estancias de la misma contaban con aproximadamente 20m<sup>2</sup> y poseían un tratamiento diferencial dependiendo del fin al que estaban

determinadas (Francisco Javier González-Tablas Sastre, 2008). Sin duda, esta casa refleja los conocimientos técnicos y organizativos de los que hizo gala el conjunto del pueblo vetón.

Podemos interpretar la casa como el epicentro del núcleo familiar vetón. En su interior se llevaba a cabo la molienda del cereal y actividades de producción artesanal. Los molinos de mano nos hablan de la práctica de la agricultura y del uso de campos de cultivo aledaños a los asentamientos para la explotación de cereal. Las pesas de telar indican la producción de vestimenta en el hogar. Presumiblemente esta actividad sería llevada a cabo por mujeres si tenemos en cuenta los restos de fusayolas y usos en tumbas femeninas etruscas.

En los poblados encontramos dividido el espacio en lugares de habitación y áreas cultuales. Han sido localizados espacios dedicados al culto tanto al aire libre como en el interior de algunos poblados. En este caso, suelen situarse en un sector privilegiado del poblado, en torno a calles principales o en lugares elevados a modo de acrópolis.

El santuario más conocido del territorio vetón se encuentra en el poblado de Ulaca. Este castro cuenta con un área sacra en el sector noroccidental del mismo, relativamente apartado del sector destinado a viviendas (Álvarez-Sanchís, 1999, pp.



Fig. 3. "Altar de sacrificios" de Ulaca. [http://1.bp.blogspot.com/-jUHIN9I-VMU/Tup3uGZOKnl/AAAAAAAAAFI/n\\_q-pFyRkGQ/s1600/foto+3.jpg](http://1.bp.blogspot.com/-jUHIN9I-VMU/Tup3uGZOKnl/AAAAAAAAAFI/n_q-pFyRkGQ/s1600/foto+3.jpg)

147–149). Cuenta con una estructura labrada en piedra, conocida como “altar de sacrificios”. La sacralidad de este monumento ha sido puesta en valor gracias a las similitudes que presenta con el santuario luso de Panoias, en el valle de Nogueiras, asociado a inscripciones latinas que sugieren la práctica de sacrificios rituales (Rodríguez Colmenero, 1999).

A 140 m de éste, se sitúa el monumento conocido como la fragua. En este caso, se trata de una construcción semihipogea. Su planta es rectangular, de 6,4 m de longitud. Se halla dividida en tres estancias. La primera funcionaría como una antecámara y la segunda cámara principal, mientras que en la tercera se han identificado restos de un antiguo horno.

La interpretación de este monumento no está exenta de problemas. Tradicionalmente se había supuesto que correspondía a un complejo de producción metalúrgica, sin embargo recientes estudios han permitido defender que tenía un uso ritual, relacionado con una sauna y la práctica de ritos de iniciación propios de la sociedad vetona (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 147).

### **4.3 ECONOMÍA Y PRODUCCIÓN EN EL TERRITORIO VETÓN**

En esencia la economía del mundo vetón no diferiría de la propia de otros pueblos prerromanos del entorno. Es cierto que, de nuevo, la aportación de la documentación arqueológica no es todo lo prolija como desearíamos, sin embargo es esencial para conocer estos aspectos tan esenciales de la sociedad vetona.

Si atendemos a los datos arqueológicos, es evidente la importancia de la ganadería. Si bien aún no se han esclarecido de forma suficiente las relaciones que establecieron los vetones con sus animales, los análisis realizados permiten extraer las conclusiones que se detallan a continuación.

La ganadería se daba sobre todo en zonas de dehesa, donde predominan los asentamientos de mayor tamaño. Prueba de ello es que en estas zonas se localiza la mayoría de la estatuaria zoomorfa de los vetones.

En las zonas de valle, como ya hemos señalado, predomina la práctica de la agricultura frente a la ganadera. Es seguro que el tipo de actividad económica

predominante no sólo depende de las modalidades de asentamientos, sino también de condicionantes de carácter geográfico (Blasco Bosqued, 2008, p. 126)

De los análisis realizados se deduce que, en su mayoría, el ganado preferido para su explotación era el bovino: aproximadamente el 60% de los restos faunísticos hallados corresponde a esta especie, mientras que los ovicápridos (con mayor representación de ovejas) presentan porcentajes menores. El resto de especies domésticas como el perro, la gallina o el caballo, en el caso de presentarse, lo hacen de manera testimonial (Blasco Bosqued, 2008, p. 126).

Si unimos estos datos con el tipo de escultura zoomorfa propia de los vetones, podemos establecer que la cabaña bovina suponía un elemento de riqueza y de significativa relevancia. Esta riqueza, muy posiblemente, estuvo controlada por la élite social vetona, vinculada asimismo a los grandes núcleos de población. Como ya hemos señalado, las grandes áreas de edificación suelen hallarse en zonas de sierra. En dichas zonas la agricultura sería más compleja y daría rendimientos menores, debido, entre otros factores, al tipo de suelo. Por lo tanto, no parece improbable que la élite social controlase los ganados bovinos en esas zonas.

Ahora bien, el ganado bovino no era únicamente un elemento de prestigio social. Los animales eran consumidos, empleados para el transporte y también en tareas de carácter agrícola (Blasco Bosqued, 2008, p. 128).

Un último apunte sobre la cabaña mayor nos lleva a reflexionar rápidamente sobre el ganado equino. Si bien hemos subrayado que se trata de un tipo de ganado bastante excepcional, ello se debe a su función como elemento de prestigio y nobleza. Este es el resultado que han arrojado las tumbas más ricas de La Osera, Las Cogotas o el Raso, en las que se han hallado restos del arreo de estos animales (Blasco Bosqued, 2008, p. 128).

A la hora de tratar la cabaña menor, igualmente, no podemos descartar que estuviera en manos de otro grupo social (Álvarez-Sanchís, 1999; Blasco Bosqued, 2008) y que su cría se desarrollase entre comunidades que vivían en espacios más abiertos. Además, en los poblados se han encontrado posibles restos del estabulado de esta cabaña. Nos referimos a los pequeños corrales encontrados aledaños a las viviendas en el Raso de la Candelera o en Las Cogotas (Blasco Bosqued, 2008). La identificación de cercos de madera en este caso no ha sido posible, sin embargo existen numerosos paralelos para el caso europeo (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 151).

La agricultura, por su parte, desempeñó un papel primordial en la base de la alimentación del pueblo vetón. Principalmente los vetones se alimentaban de legumbres y de cereal, junto con la carne proveniente sobre todo de animales domesticados y, en menor medida, de la caza.

La evidencia del consumo de cereales queda atestiguada en algunos hogares del yacimiento de Sanchorreja, El Raso o Las Cogotas. En su mayoría las muestras se encontraban en estado de carbonización. Además, como se ha señalado anteriormente, el hallazgo de molinos de mano en el interior de las casas refuerza esta idea.

En el valle de Ambés, donde se ha realizado un mayor número de prospecciones y éstas han tenido una mayor intensidad, se ha demostrado que la actividad agraria era de gran importancia en poblados de pequeño tamaño como las aldeas situadas en las zonas de valle. Los cultivos se encontrarían en entornos de unos 2 km de diámetro alrededor de los asentamientos de hábitat.

En cuanto a la posesión o explotación de las tierras de cultivo poco se sabe. En opinión de Sánchez Moreno el colectivismo al que hacen referencia las fuentes clásicas para referirse a los vacceos podría ser extrapolado al mundo vetón.

El trabajo agrícola se realizaría mediante el uso de arado. Cabe la posibilidad de que los vetones emplearan una reja metálica, aunque hasta la fecha no se ha encontrado ninguna. Esto se puede deber, principalmente, a la mala conservación de los materiales férricos en general o bien a una introducción tardía de esta tecnología al mantenerse buena parte del utillaje en madera (Blasco Bosqued, 2008, pp. 129–132)

Finalmente, trataremos la producción artesanal en el mundo vetón.

Los datos extraídos de las necrópolis avalan la hipótesis de que los artesanos vetones pertenecían a un escalafón superior al de los agricultores en la pirámide social. Es plausible pensar que su importancia se debía en parte a que sus producciones eran el reflejo de la identidad vetona (Blasco Bosqued, 2008, p. 138). Un ejemplo se encuentra en la cerámica a peine, marcador cultural vetón y que diferencia a este grupo de las culturas aledañas a su territorio que poseen otro tipo de producción. En este mismo sentido, cabe señalar que la actividad alfarera era el tipo de producción más extendida.

Los análisis cerámicos han demostrado, a su vez, que existían dos tipos de producciones de vasijas. En la primera categoría encontramos cerámica de carácter “industrial”. Esto quiere decir que se trataba de producciones más o menos estandarizadas y, asimismo, que generaban un gran volumen de producción. En la segunda categoría encontramos cerámicas de carácter especializado. Estas producciones eran empleadas normalmente para uso ritual, en el mundo funerario. A pesar de existir una cerámica producida a torno, esta clase de fábrica se realiza a mano (Blasco Bosqued, 2008).

Al principio ambas formas de producción cerámica coexistieron, hasta que, finalmente, la primera categoría se impuso sobre la segunda, por lo que en contexto funerario podemos encontrar cerámicas realizadas a torno y de buena factura.

Ya hemos señalado el hallazgo de recipientes de cerámica en contextos domésticos, en relación con funciones específicas dentro de la casa. Hablamos de contenedores para el almacenaje del grano o recipientes para productos líquidos.

Otro sector de la producción artesanal de los vetones en la Edad del Hierro es la práctica de la metalurgia. La mayoría de los objetos metálicos proviene del contexto funerario, concretamente, de las tumbas más lujosas. En menor medida, la aportación al estudio de la metalurgia vetona proviene de contextos relacionados con el hogar.

Los productores de las piezas metálicas debieron de haber sido artesanos muy especializados en el trabajo del bronce y del hierro. En el caso de las piezas de bronce, se trataba mayoritariamente de objetos de adorno personal, como fíbulas, y determinadas armas y objetos de prestigio. Algunos ejemplos de esta metalurgia son los yelmos, calderos o puntas de lanza. El hierro se usó con preferencia para la producción de armamento y ajuar militar, así como para apeos de labranza o herramientas de leñador.

En una etapa avanzada de la cultura vetona se encuentra una incipiente orfebrería de oro. En este caso, como es normal, se trata de objetos de pequeño tamaño, con una clara funcionalidad simbólica y de prestigio.

Tal y como sucede con la producción alfarera, el hallazgo de moldes y de troqueles evidencia que, en su mayoría, la producción del metal se realizaba de manera estandarizada.



## 5. RITUAL FUNERARIO

Desde la prehistoria los rituales han desempeñado un papel de suma importancia como factores de identidad cultural dentro de las sociedades que los practican. Están asociados a creencias legadas de unas generaciones a otras. El pasado se convierte en sí mismo en un recurso simbólico y en un componente esencial del ritual. Adquiere un significado que puede ser modificado para legitimar una nueva ideología social o política (Richards, 1999).

Existe unanimidad entre los especialistas a la hora de señalar la preocupación del ser humano ante el fin último de la vida y las incógnitas que ésta representa. No deja de ser un hecho asombroso la diversidad de rituales utilizados en los funerales, para procurar un descanso a los individuos ya fallecidos y permitirles el paso a la otra vida de manera conveniente.

Analizar las prácticas funerarias de los vetones es imprescindible para comprender su cultura. En las exequias se expresa el dolor ante la idea de destrucción y pérdida. El funeral cumple por ello una función psicológica fundamental, ya que ayuda a combatir esta idea de abandono de la persona o personas allegada (Sopeña Genzor, 2008).

El origen de la tradición funeraria de los vetones es ampliamente conocido. Entronca con los denominados Campos de Urnas. Se trata de un ritual proveniente del centro de Europa que se materializa en grandes necrópolis de incineración y que se extendió a partir del Bronce Medio.

La incineración consiste en la quema del difunto hasta reducirlo a un montón de cenizas y esquirlas informes (Apellániz, 1975, pp. 92–93). En la pira funeraria no sólo se quemaba el cadáver, sino también algunos de sus efectos personales y ofrendas en mayor o menor número.

En el caso de los vetones, la incineración se realizaba en un lugar distinto de aquel donde los restos de la quema eran enterrados. Este hecho supone la pérdida de gran parte de la información, pues no conocemos qué cantidad de objetos eran seleccionados tras su quema, qué parte de las cenizas de la pira era recogida, etc. (Lorrio Alvarado, 2008, p. 252). Podemos, no obstante, establecer algunas características.

Al parecer, existían ciertas diferencias en el ritual funerario a nivel regional, en función del grupo cultural de que se tratara. El territorio vetón que se extiende por Ávila y la alta-media Extremadura coincide con la zona donde se conserva la mayor parte de la información relativa al ritual de la incineración. Para las zonas de Salamanca y de Zamora encontramos un vacío absoluto de necrópolis. Este “vacío” será tratado más adelante en profundidad.

Gracias al estudio de los cementerios vetones sabemos que poseían una organización social muy jerarquizada (Álvarez-Sanchís, 1999; Baquedano Beltrán & Escorza, 1996; Fco Javier González-Tablas Sastre, 1985). Debemos ser cautelosos, no obstante, a la hora de sacar conclusiones, pues la mayor parte de los datos provienen de dos necrópolis: Las Cogotas y La Osera (junto al cerro de La Mesa de Miranda) (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 178; Sopeña Genzor, 2008, p. 291) de la que únicamente se ha publicado la Zona VI íntegramente.

Las características principales de los cementerios vetones son:

- Están situados cerca de las puertas de los poblados. Normalmente a una distancia de entre 150 y 300 metros.
- No siempre son visibles desde el núcleo de hábitat.
- En ocasiones se localizan en zonas próximas a corrientes de aguas continuas.
- El espacio funerario está ordenado de una forma peculiar.
- El rito funerario consiste siempre en la cremación.
- Las tumbas presentan ajuares diferenciados.

Por lo que se refiere a la ubicación de las necrópolis cerca de los núcleos principales de poblamiento, los ejemplos más significativos son los siguientes:

1. La Osera (La Mesa de Miranda, Chamartín, Ávila): en este caso la necrópolis se localiza tan cerca del poblado que se solapa con la tercera fase de poblamiento del mismo. La zona de enterramiento abarca una franja de 150 por 225 metros y se extiende desde las puertas del *oppidum* hasta el cerro de Las Navas.
2. La Trasguija (Las Cogotas, Cardeñosa, Ávila): en este caso, el cementerio vetón se encuentra aproximadamente a 250 metros al noroeste del poblado sobre un territorio abierto y con una ligera inclinación.

3. La Coraja (Aldecentenera-Torecillas de la Tiesa, Cáceres): el yacimiento se encuentra dentro de la finca del Tercio, sobre una pequeña meseta a 200 metros al sur de las murallas del poblado. El límite entre el poblado y la necrópolis es el arroyo que discurre por el valle, llamado el arroyo del Moro.
4. El Mercadillo (Villasviejas del Tamuja, Botija, Cáceres): de nuevo a 200 metros del centro del yacimiento arqueológico, en una zona amesetada por la que se accedía al poblado. Desde éste el cementerio era visible con facilidad.

Entre las necrópolis y los lugares de hábitat es posible establecer una relación de “intervisibilidad”, es decir, normalmente las primeras eran perceptibles desde los poblados, si bien hay excepciones.

En los casos de El Romazal I y II, El Cardenillo y Pajares (todos ellos en la actual provincia de Cáceres), las necrópolis se localizan al menos a un kilómetro de distancia de sus respectivos núcleos de hábitat y no eran perceptibles a simple vista desde dichos núcleos.

Pese a estas excepciones, queda claro que la proximidad y visibilidad de los cementerios vetones con respecto a los *oppida* que les dieron origen es una tendencia demostrada. Las razones por las cuales algunos casos se apartan de esta tendencia son difíciles de dilucidar. Podemos aludir a posibles diferencias culturales no significativas y que la elección de la situación de la necrópolis fuera establecida en función de un factor externo, como la geografía, hidrografía o un significado religioso particular de la zona escogida.

Como ya se ha dicho, las necrópolis suelen estar situadas próximas a los cursos de aguas continuos. El cauce de estas corrientes suele encontrarse bien al oeste bien al este de los cementerios (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 172).

En el caso de la Osera se observa cómo el curso de agua delimita la zona de necrópolis de la zona de hábitat, esto es, actuaba de frontera entre el espacio de los muertos y el de los vivos.

De forma general, el elemento agua ha sido relevante en la Prehistoria y Protohistoria peninsulares. Así mismo, en la Europa nórdica, numerosos ajueres funerarios han sido hallados en ríos. En el noroeste peninsular, Fábregas y Bradley

han hallado evidencias de la utilización de los acuíferos como entornos sacros desde la Edad del Bronce (Bradley & Fábregas Valcarce, 1995). Por tanto, no podemos descartar que las gentes del área occidental de la Meseta llevaran a cabo sus rituales funerarios en torno al agua.

La peculiar ordenación del espacio funerario es otra característica a la que aludíamos con respecto a las necrópolis vetonas. Este es uno de los aspectos más destacados de la bibliografía y más tratado por los investigadores. El estudio de las distintas zonas de enterramiento permite establecer correlaciones con el tipo de estructura social. En especial, los objetos encontrados en las tumbas revelan la procedencia socio-económica de las personas que fueron enterrados en ellas. En la mayoría de los casos el ajuar de los enterramientos es escaso, sin embargo, unas pocas tumbas contienen multitud de objetos. Otro elemento interesante es la existencia de espacios vacíos o pasillos en el interior de las necrópolis.

Como ya se ha comentado, la tradición funeraria vetona proviene de las llamadas culturas de Campos de Urnas que extendieron su influencia desde Europa Central hasta la Península Ibérica. La reconstrucción del rito aún no ha podido ser establecida con precisión, sin embargo se cree que debió suceder de la siguiente manera:

Primeramente, los difuntos eran que depositados en el *ustrinum* o pira funeraria. En algunos casos como en el de las Cogotas se han localizado espacios entre el poblado y las necrópolis que contenían restos de escorias y cenizas a los que se suma el hallazgo de osamenta humana calcinada (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 170). Esto arroja luz sobre la posibilidad de que existieran unas zonas comunes de incineración. Además, en la Osera se ha documentado en algunas tumbas un lecho de cenizas que las rodeaba, por lo que se sospecha de incineración *in situ* (Cabré, 1950, p. 13). En cualquier caso, la mayoría accedería al rito a través de una pira en un lugar apartado del cual no quedan evidencias (Álvarez-Sanchís, 1999).

A continuación, se escogerían los restos que, posteriormente, serían depositados en una urna funeraria<sup>3</sup>. Desconocemos cuáles eran las partes seleccionadas para ser preservadas en el interior de la urna. El caso de Numancia, cuya necrópolis ha sido analizada en profundidad por A. Jimeno y C. Tabernero

---

<sup>3</sup> En algunos casos los restos son depositados directamente en la tierra, en un pequeño hoyo y acompañados de algunos elementos escasos de ajuar (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 173)

(1996), nos indica que los restos seleccionados eran, comúnmente, los huesos largos y el cráneo. No obstante, a falta de más datos de otros lugares, no se puede afirmar con rotundidad que en todos los casos fuera así. A esto se suma que tampoco conocemos el estado de los huesos antes de ser incinerados (Sopeña Genzor, 2008).

Con objeto de disponer de elementos de comparación, cabe tratar de manera muy breve algunos aspectos relativos al ritual funerario en la Edad del Bronce en la provincia de Salamanca. Los conocidos como “hoyos de basurero” en el yacimiento de Tordillos arroja luz sobre la reubicación y las dobles exequias. En este lugar se localizaron veintidós restos humanos. Tras su análisis, se determinó que habían sido objeto de un ritual que conllevaba en primer lugar la exposición de los cadáveres y su posterior emplazamiento dentro de los hoyos (Esparza Arroyo, Velasco Vázquez, & Castro Delibes de, 2012).

A falta de otros casos estudiados no podemos apoyar con rotundidad la hipótesis de que en la segunda Edad del Hierro se continuó practicando un ritual que conllevaba dobles exequias, pero tampoco podemos obviar el precedente de Tordillos. Por tanto, cabe la posibilidad de que en la cultura vetona los restos de los difuntos fueran expuestos, antes de ser quemados en la pira y, finalmente, enterrados en el interior de urnas cinerarias.

En realidad, el caso de Tordillos no es el único documentado, pues las fuentes históricas nos informan sobre rituales semejantes refiriéndose al mundo celtibérico, como trataremos en profundidad más adelante.

Es interesante tener en cuenta que, durante la incineración, parte del ajuar era quemado junto con el cuerpo del difunto (Sánchez Moreno, 2000, p. 103). Por lo tanto, se puede afirmar que la costumbre de destruir el ajuar que se detecta desde la Edad del Bronce, pervive en la Segunda Edad del Hierro. Paralelos de esta costumbre se encuentran en la Europa Nórdica, donde se han descubierto numerosas espadas inutilizadas, asociadas a contextos funerarios. Así mismo, es un hecho habitual en las necrópolis celtibéricas (Lorrio, 1997).

Finalmente, el ajuar diferenciado en las tumbas nos indica una estratificación social específica. Este es, sin duda, uno de los aspectos más estudiado del horizonte funerario vetón. El estudio de los distintos cementerios distribuidos tanto en la Submeseta norte como en la zona de Extremadura demuestra que en el seno de la

sociedad vetona existían, al menos, cuatro grupos sociales claramente diferenciados según su ajuar y la posición que ocupaban los individuos en el interior de las necrópolis.

En la actualidad, aún se debate sobre el número exacto de grupos sociales que integraba el colectivo vetón. De esta manera, para Ricardo Martín Valls (Martín Valls, 1985, pp. 121–123, 1986, pp. 75–76) o González-Tablas Sastre, (1985, p. 47) existían cuatro tipos diferenciados de sujetos en función de sus exequias:

- 1) Una minoría aristocrática y guerrera, cuyo ajuar estaba formado por armamento, arreos de caballo y vasijas de gran calidad.
- 2) Un grupo de guerreros de menor categoría con panoplia completa pero más sencilla que en el primer estrato.
- 3) Artesanos y comerciantes (aún definidos de forma poco precisa).
- 4) Un grupo de gente humilde sin ajuar.

Entre el primer y segundo rango se divide el conjunto social de los vetones que ostentarían los poderes religioso, civil y militar. En el nivel intermedio los artesanos, como alfareros, herreros fundidores, canteros etc. Incluso entre los distintos artesanos parece existir cierta diferencia en cuanto a estatus. Finalmente, la mayoría social definida por sus labores en el sector primario, mantenimiento de estructuras “públicas” como las murallas o sirviendo en el ejército como tropa.

## **5.1 LAS NECRÓPOLIS ABULENSES**

Como se ha señalado anteriormente la principal fuente de información para el registro funerario proviene, precisamente, de los cementerios de Las Cogotas, La Osera y El Raso de Candeleda.

En Las Cogotas contamos con un total de 1.613 tumbas repartidas en cuatro sectores. La Osera cuenta con un total de 2.230 tumbas alojadas en seis sectores de los cuales, la Zona VI ha sido íntegramente publicada (Cabré Aguilló, 1932) y Kurtz 1982). La Zona I ha sido, asimismo, objeto de varios intentos de interpretación (Baquedano & Escorza, 1998; Baquedano Beltrán & Escorza, 1996). En Ulaca existen referencias de una necrópolis, destruida por la acción antrópica (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 169). El Raso de Candeleda cuenta con un cementerio dividido en cuatro sectores en los que se hallaron 69 conjuntos cerrados de tumbas.

Así contamos con cerca de 3.912 tumbas para el área de Ávila, pues gracias a distintos trabajos de prospección, el número podría aumentar.

### 5.1.1 El Raso (Candeleda)

Esta necrópolis de incineración está formada por seis sectores más o menos independientes: las Guijas, el Arenal, la Llaná, el Horco, el Campo de fútbol y Huerta del Castañar. Cada sector del cementerio posee características propias y difiere de los otros en densidad de enterramientos.

Cabe resaltar que este yacimiento ha sido objeto de espolio durante décadas además de haber sufrido una gran incidencia antrópica a lo largo de los siglos (Sánchez Moreno, 1996, p. 165).

La mayor parte de las tumbas excavadas corresponden con el sector A del Arenal durante las campañas de 1970-71 además de otra campaña durante el verano de 1993 en el sector B de las Guijas. El total de tumbas exhumadas es de 120 entre ambos sectores, sin embargo, el Raso parece ser una necrópolis de inmensas dimensiones que se extiende más de 500 m<sup>2</sup> (Sánchez Moreno, 1996).

En el sector de las Guijas B se localizaron seis túmulos (A—F) con varios enterramientos en su interior; en sus proximidades se recuperaron los restos



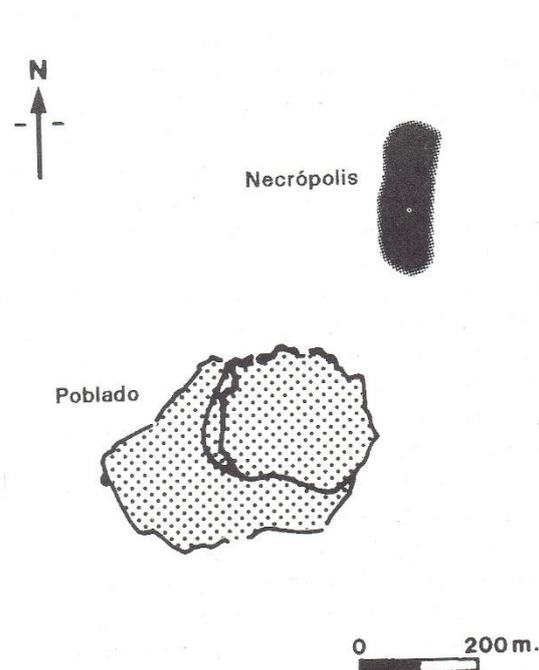
*Fig. 4 Imagen de la tumba 109 de las Guijas B. Imagen extraída de Fernández Gómez, 1997, p. 88*

pertenecientes a treinta tumbas. Así mismo, se localizaron tumbas dobles<sup>4</sup> y otras sin restos humanos.

En cuanto a ritual, todo parece indicar que se trata de un espacio funerario en el que, de manera exclusiva, predomina la incineración de los restos mortales. Tras su quema, se depositan en una urna cineraria y se entierran en un hoyo poco profundo. Finalmente se cubren con una tapa o conjunto de losas para proteger la urna y su contenido (Sánchez Moreno, 2000, p. 88).

Los ajuares, bastante frecuentes<sup>5</sup>, son variados: urnas (a mano y torno), vasijas, objetos de bronce, puntas de lanza, fusayolas, pesas de telar, objetos exóticos como copas áticas o cerámicas de engobe rojo (Fernández Gómez, 1986, pp. 529–877)

### 5.1.2 Las Cogotas (Cardeñosa)



La necrópolis del poblado de las Cogotas conocida como la Trasguija comenzó a ser estudiada a partir de los años 30, cuando fue descubierta, por J.Cabré.

Se han contabilizado un total de 1613 tumbas en este cementerio ordenadas en cuatro sectores bien diferenciados. La separación entre zonas, como es habitual en el mundo vetón, está marcada por una serie de pasillos estériles.

La existencia de diferentes sectores de enterramiento, coetáneos en el tiempo y muy homogéneos

Fig. 5 Localización de la necrópolis frente a las puertas del poblado. Fuente: (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 173)

<sup>4</sup> Como por ejemplo la tumba 20 con guerrero y niño o la 109 con dos mujeres adultas y un tercer individuo de sexo no determinado.

<sup>5</sup> Más de un 80% contiene alguna pieza.

entre sí, se ha interpretado como una manifestación visual de la organización social en grupos familiares. En referencia a los elementos de ajuar, si bien no todos los individuos inhumados contaban con estas exequias, los objetos hallados son variados. Entre ellos, destacan las armas como espadas, lanzas, arreos de caballos; objetos de uso personal tales como alfileres, fíbulas o anillos entre otros; herramientas de trabajo entre las que destacan hoces y punzones y, finalmente, un conjunto cerámico variado con vasos de ofrendas, cajitas etc. (Sánchez Moreno, 2000, pp. 90–91).

En referencia al ritual cabe señalar que únicamente el 15% de los individuos fueron inhumados en el interior de una urna acompañados de su ajuar. Es decir, de las 1613 tumbas localizadas sólo en 224 se observa esta manera ritual. En el resto de casaos se inhuman los restos calcinados en un pequeño agujero y se depositan o no elementos de ajuar. Con seguridad, esta decisión a la hora de depositar a los difuntos en su lugar de reposo responde a una idea de estatus social.

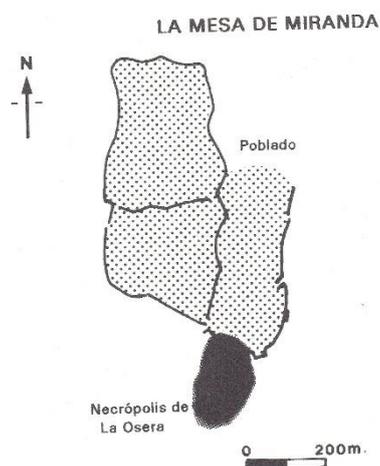
Además, gran parte de las tumbas se encuentran señalizadas con una estela en posición vertical (Querol, Fernández-Miranda, & Chapa Brunet, 1996, p. 303)



Fig. 6 Bocado de Caballo localizado en la sepultura 605, Zona II. Fuente <http://ceres.mcu.es/pages/Main>

La necrópolis, al igual que el poblado, se data entre los siglos V—II a.C. y no cuenta con restos de ocupación romana.

### 5.1.3 La Osera (Chamartín)



En la actualidad, se trata del cementerio más extenso. Cuenta con un total de 2230 tumbas que fueron excavadas por J. Cabré y sus colaboradores entre los años 1932 y 1945.

La necrópolis cuenta con seis sectores o zonas bien diferenciadas. Sin embargo, contamos sólo con el conocimiento de la zona VI en su totalidad. Para el resto de zonas únicamente contamos con datos parciales (Baquedano & Escorza, 1998; Baquedano Beltrán & Escorza, 1996).

Este cementerio posee una serie de rasgos distintivos por los que sobresale. En primer lugar, alberga en su interior diversas estructuras tumulares de diferente tipología: circular, oval y rectangular. Para la realización de estas construcciones se emplea una técnica basada en el amontonamiento pétreo. Bajo este, se sitúa una pequeña cámara donde reposan el ajuar y la urna cineraria. Normalmente, los enterramientos dispuestos de esta manera albergan varias tumbas (Sánchez Moreno, 2000, p. 95). Además, para las zonas III y IV se advierte el uso de encanchados tumulares para sellar incineraciones sencillas (Baquedano & Escorza, 1998, p. 176).

En segundo lugar, la aparición de una serie de túmulos que parecen ser conmemorativos, es decir, cenotafios. La construcción de este tipo de tumba servía para honrar a un individuo cuyos restos mortales no pudieron ser recuperados. En la actualidad no podemos afirmar si eran exclusivos de un estamento, sexo o edad determinados. Algunos investigadores postulan que estarían reservados para los guerreros y, por tanto, varones (Torreira, 2012, p. 314).



*Fig. 7 Estela de La Osera. Fuente: de <http://www.panoramio.com/photo/41059023>*

Finalmente, el hallazgo de una serie de estelas en una más que probable relación con las estrellas, hacen el estudio de esta necrópolis aún más complejo. Realizadas en soporte granito, estas estelas comparten su tipología entre sí. Una base cuadrangular y triangular en la cúpula (Baquedano & Escorza, 1998).

En cuanto a su distribución, en la zona IV (que corresponde con la parte central del cementerio) posee tres estelas. Las zonas I, II, V y VI (por la que se descubrió la necrópolis) cuentan con una estela cada una. La zona III no posee ningún elemento de estas características.

Probablemente esto se deba a que apenas existe separación entre esta zona y la zona II, por tanto, con casi total seguridad ambos lugares compartan enterramientos del mismo grupo (Baquedano & Escorza, 1998, p. 89).

El significado de estos hitos es complejo. Por una parte, tenemos una señalización de un lugar sagrado en un soporte imperecedero, por otra, una limitación dentro del mismo espacio funerario cuyo significado aún no hemos logrado descifrar con claridad.

El análisis de la posición de las estelas (siguiendo el estudio de Baquedano & Escorza, 1998) determina en primer lugar una clara relación con el calendario solar y más concretamente, con el solsticio de invierno. Las alineaciones de estelas pétreas no son algo desconocido para los arqueólogos. Además, estos conjuntos perviven a lo largo de la historia tal y como demuestra la tesis doctoral de Díaz-Guardamino Uribe, 2010.

Además, existe un alineamiento en la zona IV que refleja el cinturón de orión. El



Fig. 8 Alineamiento de tres hitos de la zona IV de la Osera formando el cinturón de orión. Fuente: (Baquedano & Escorza, 1998, p. 93)

resto de estelas coinciden con cuatro fechas clave del calendario celtíbero. Estas referencias, tomadas de Powell, 1958 nos indican que, para los celtas irlandeses existían cuatro fiestas principales: *Imbolc*<sup>6</sup>, *Beltaine*<sup>7</sup>, *Lughnasadh*<sup>8</sup> y *Samonios*<sup>9</sup>.

Por tanto, los hitos localizados en la necrópolis de la Osera servirían a dos propósitos. El primero, delimitar las distintas zonas de enterramiento del cementerio. El segundo, un calendario astronómico que señalaría las festividades y fechas<sup>10</sup> más significativas de los habitantes de la Mesa de Miranda.

En referencia al ajuar encontrado, de nuevo, asistimos a ajuares de armas muy ricos, vajillas cerámicas e incluso importaciones áticas (Sánchez Moreno, 2000, p. 95).

---

<sup>6</sup> En el caso de la Osera, la alineación únicamente coincide con el mes de febrero. Esta festividad que se celebra entre el 1—2 de febrero se relaciona con la lactancia de las ovejas. En el calendario cristiano se trata del día de Santa Brígida.

<sup>7</sup> Se celebra la bienvenida al verano. Coincide con el 2 de mayo.

<sup>8</sup> Se trata de una festividad relacionada con la cosecha. Para el caso de la Osera, las alineaciones marcan el 14 de agosto.

<sup>9</sup> La fiesta de mayor importancia, pues señala el fin de año.

<sup>10</sup> Así mismo, se incluyen los solsticios y equinoccios tanto de invierno como de verano. Los alineamientos estelares han demostrado coincidir con estos eventos astronómicos.

Finalmente, esta necrópolis, cronológicamente, se sitúa en siglo IV a.C. hasta el inicio del II a.C.

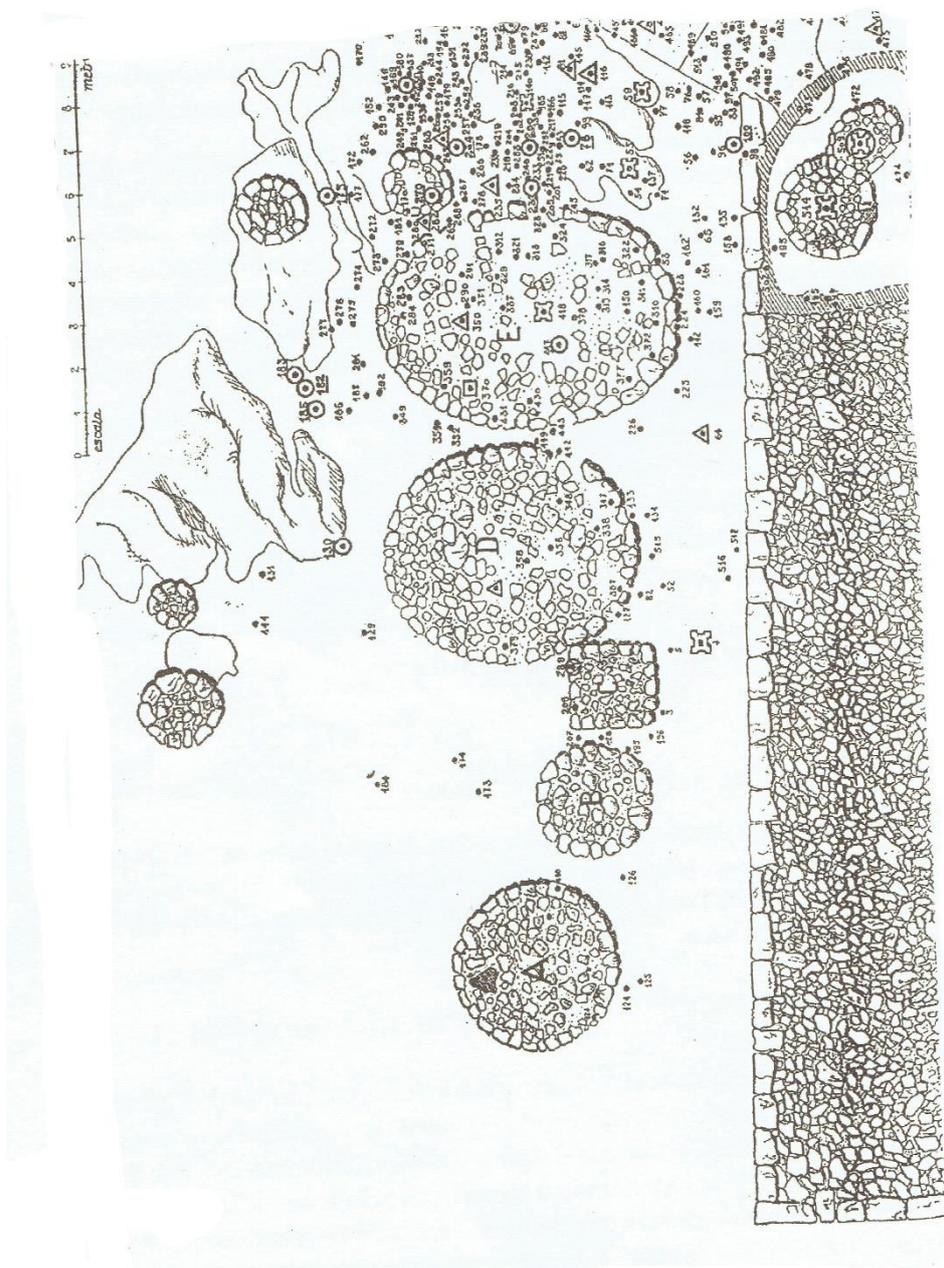


Fig. 9 Estructuras tumulares de la zona VI de la Osera según (Cabré, Cabré, & Molinero, 1950)

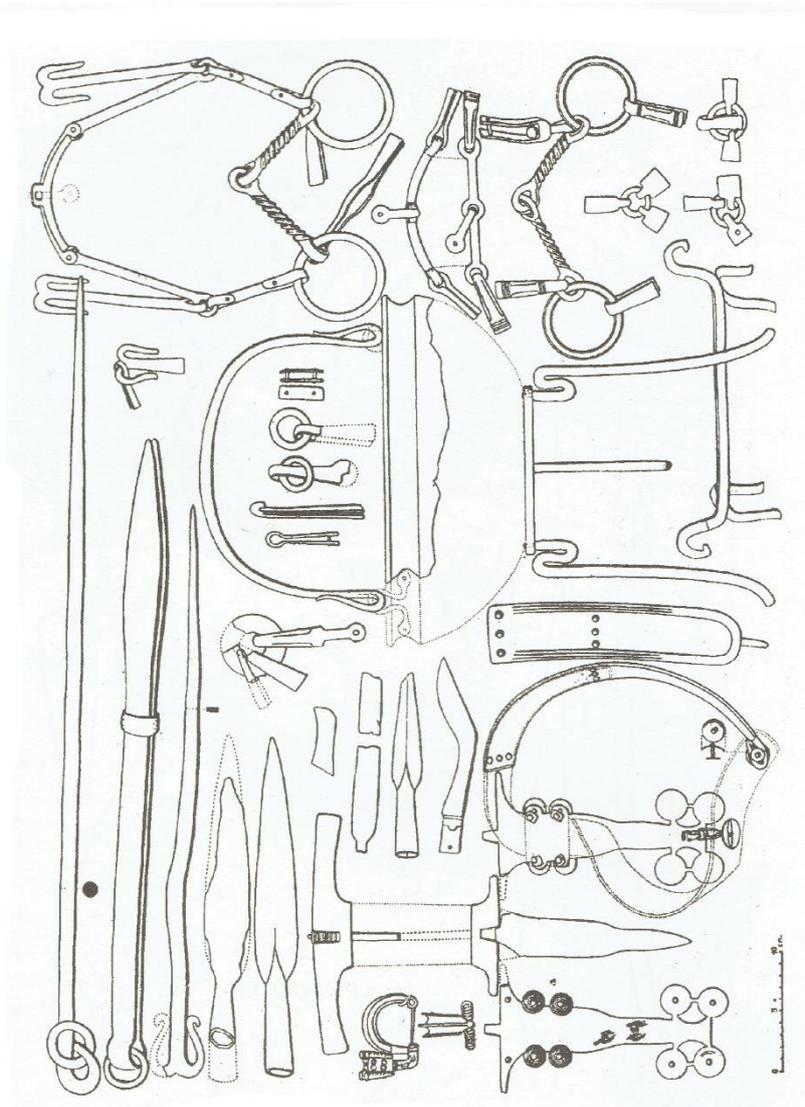


Fig. 10 Ajuar funerario guerrero localizado en la tumba 514, zona VI de la necrópolis de la Osera (según (Cabré et al., 1950)

## 5.2 NECRÓPOLIS EXTREMEÑAS

Los cementerios vetones para esta área son más numerosos que en Castilla y León. Los principales yacimientos son: La Coraja (Aldeacentenera-Torrecillas de la Tiesa (Cáceres), El Mercadillo en Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres), El Romazal I en Villasviejas del Tamuja (Botija-Plasenzuela, Cáceres), El Romazal II en Villasviejas del Tamuja (Botija-Plasenzuela, Cáceres), El Cardenillo (Madrigal de la Vera, Cáceres) y, finalmente, Pajares (El Cardenillo (Madrigal de la Vera, Cáceres).

Al igual que las necrópolis abulenses comparten, en la mayoría de ocasiones, todos los aspectos que hemos visto anteriormente. De nuevo, se localizan próximas

a los núcleos urbanos a los que pertenecían, se sitúan en las proximidades de cursos de agua y existe en ellas una evidente ordenación del espacio funerario.

En el ámbito extremeño se ha extraído información de un total de 392 sepulturas repartidas entre los distintos cementerios.

### 5.2.1 La Coraja (Aldeacentenera-Torrecillas de la Tiesa (Cáceres)

Se halla en la finca del Tercio sobre una pequeña meseta a unos 200m. al sur de las murallas del poblado.

De este cementerio conocemos 70 enterramientos que fueron documentados a finales de los años 80. En todos ellos se repite la misma pauta: se trata de un pequeño foso o rebaje del suelo en el que se introduce una urna. En algunas ocasiones se señalan mediante el uso de un leve muro de lajas de pizarra envolviendo varias sepulturas, aunque esto no debe dar pie a pensar en una estructura tumular (Oretaga Esteban, 1993; Sánchez Moreno, 2000, p. 95).

En cuanto a la ordenación del espacio fuenerario, las tumbas presentan una ordenación anárquica sin que pueda intuirse ningún tipo de colocación jerarquizada (Oretaga Esteban, 1993).

Finalmente, en referencia el ajuar funerario, existen evidencias de cerámica fabricada a mano<sup>11</sup> y torneadas (urnas y platos para cubrir la abertura superior de la urna). Además, se han encontrado platos de pequeño tamaño cuya función ritual era la de contener diversos ungüentos (Oretaga Esteban, 1993). Al ajuar cerámico se suma el metálico que consta de: fíbulas, tres arracadas de oro y armamento bastante

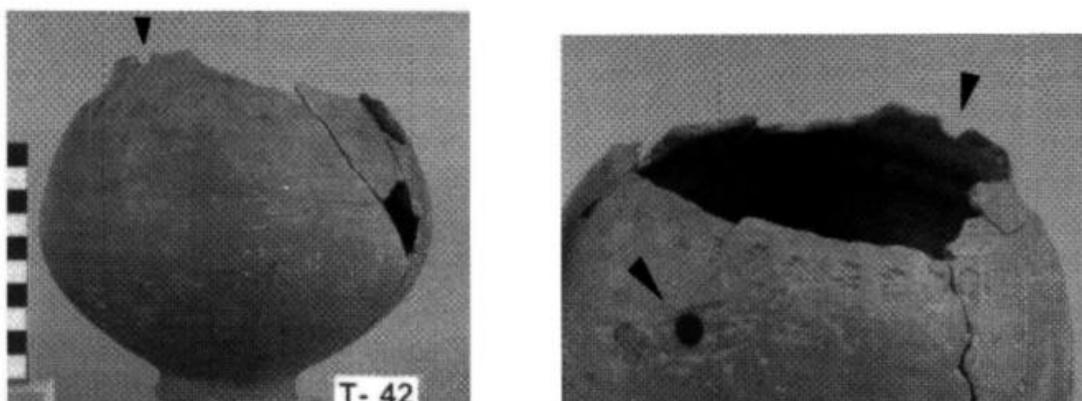


Fig. 11 Urna perteneciente a la tumba 42 de la Coraja. Extraído de (Heras Mora, 2001, p. 188)

<sup>11</sup> Con decoraciones impresas de bandas paralelas, incisas, en zig-zag, estampillados, a peine y triángulos calados.

reducido ( dos falcatas, algunas lanzas incluyendo un soliferreum, una espuela y varios regatones y cuchillos) (Heras Mora, 2001, p. 179; Oretaga Esteban, 1993; Sánchez Moreno, 2000, p. 96)

En cuanto a su cronología, la necrópolis coincide con el poblado y muestra una ocupación de manera continua desde el siglo IV a.C. hasta el II a.C.

### 5.2.2 El Mercadillo (Villasviejas del Tamuja, Botija, Cáceres)

Localizada a 200m. del recinto B del *oppidum* de Villasviejas del Tamuja, esta necrópolis es perfectamente visible desde el poblado.

El cementerio fue excavado durante los años 1985 —1987 y ofreció a los investigadores un total de 46 conjuntos cerrados con restos de incineraciones y ajuar. Por lo tanto, el ritual funerario al igual que en el resto de necrópolis se mantiene. Sin embargo, cabe destacar que se hallaron seis estructuras tumulares que albergaban nueve enterramientos en su totalidad. Además, cuenta con un orden premeditado del espacio funerario (Hernández Hernández & Galán Domingo, 1996).

El ordenamiento del espacio funerario parte de los túmulos. Salvo un enterramiento doble (niño—mujer), el resto son de carácter individual.

Tal y como demuestra el examen antropológico del cementerio predominan las tumbas femeninas (más del 65%) frente al 12% de las masculinas. Sobre 41 cremaciones, 28 son femeninas, cinco masculinas, 3 infantiles y 5 de sexo indeterminado (Hernández Hernández & Galán Domingo, 1996; Sánchez Moreno, 2000, p. 97).

En lo que atañe al ajuar y los recipientes cerámicos podemos constatar que todas las urnas fueron realizadas a torno; muestran motivos geométricos pintados de tipo ibérico. Los ajuares son bastante sencillos: vasitos de ofrenda, algunos

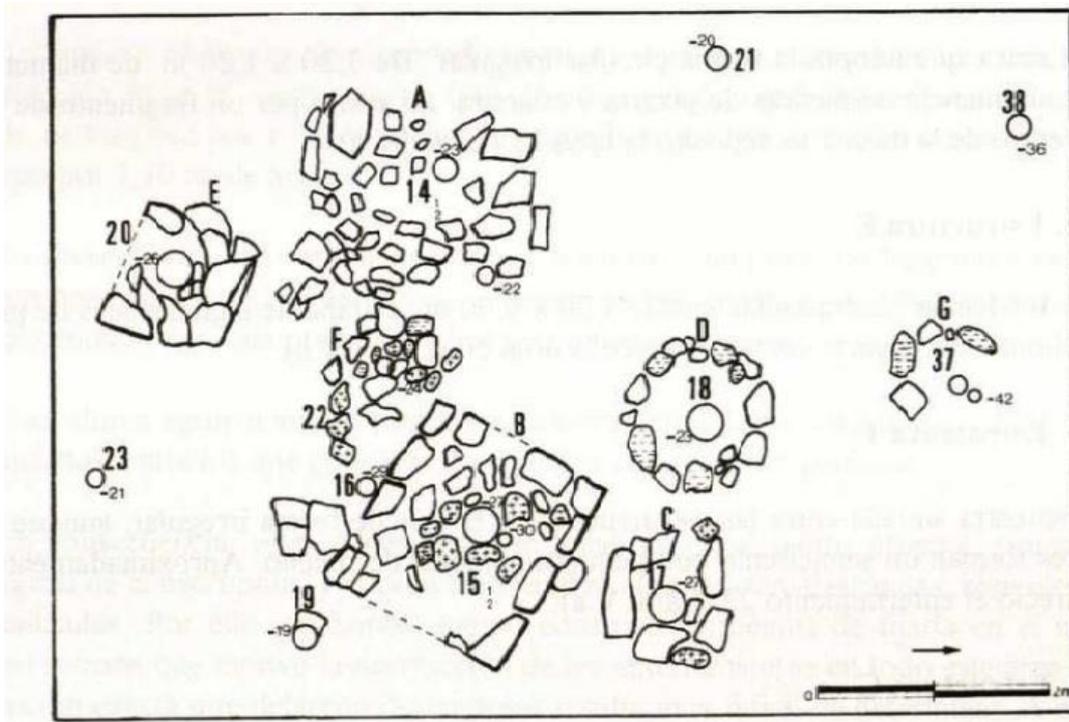


Fig. 12 Estructuras tumulares de la necrópolis del mercadillo Fuente: (Hernández & Galán Domingo, 1996, p. 19)

platos, algunas cuentas de collar, fíbulas y algunas piezas excepcionales aisladas como puntas de lanza, regatones de escudo. Los ajuares muestran una escasa diferenciación social, pues están presentes en el 66% de las tumbas (Hernández & Galán Domingo, 1996).

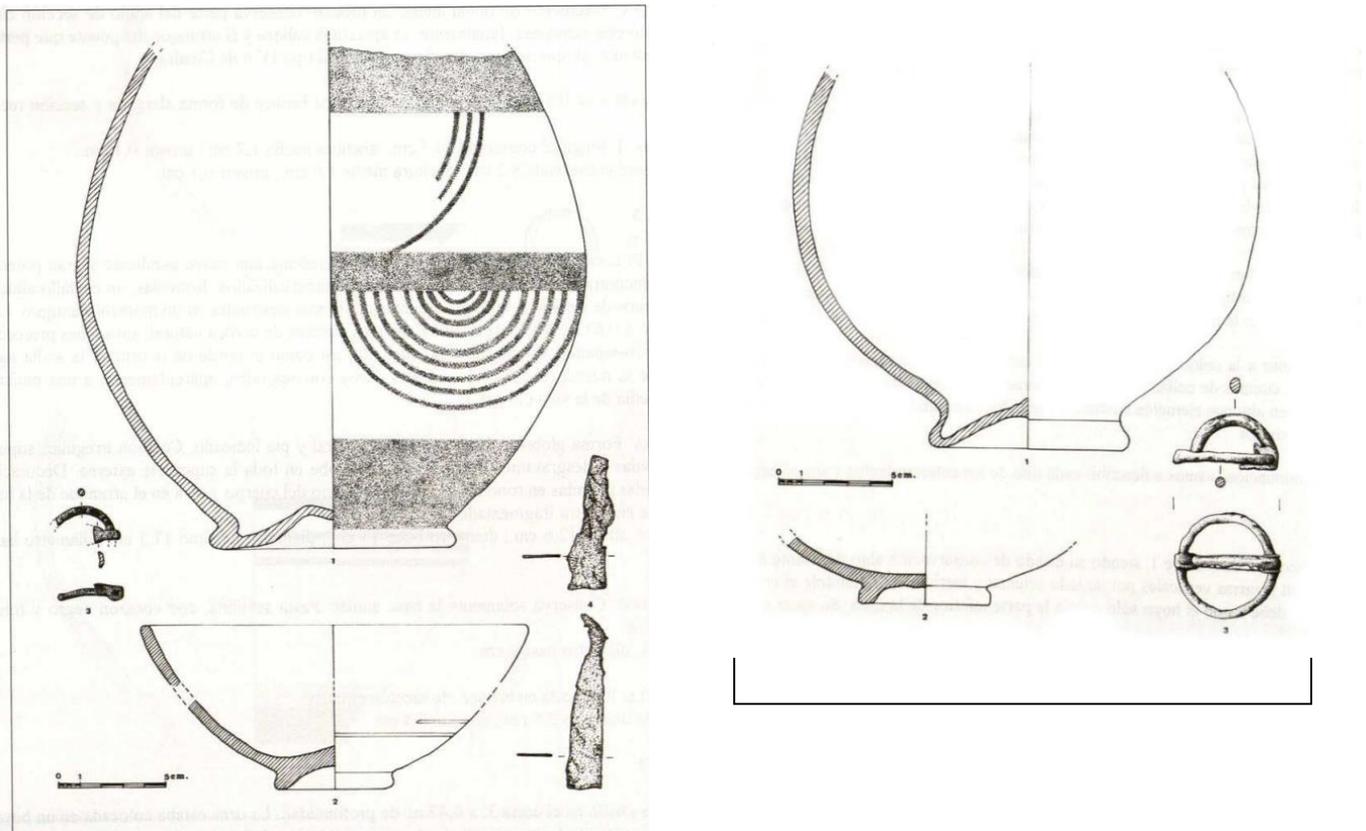


Fig. 13 Ajuares y urna de las tumbas 2 (dcha) y 6 (Izda). Fuente: (Hernández Hernández & Galán Domingo, 1996, pp. 24–25)

Finalmente, en sentido cronológico, esta necrópolis se sitúa en el siglo IV a.C.

### 5.2.3 El Romazal I (Villasviejas del Tajuja, Botija, Cáceres)

Esta necrópolis se excavó durante las campañas de 1988 a 1992. El conocimiento de la misma aún hoy continúa siendo parcial, pues no se conocen sus límites este—oeste. Al igual que en otros espacios funerarios se ordena en función del estatus social de los inhumados (Sánchez Moreno, 2000, p. 98).

Se localiza a, aproximadamente 1km del poblado, en la ladera de un pequeño cerro. Su acceso es dificultoso.

En cuanto al ritual funerario, de nuevo, se excava un hoyo poco profundo en el que se sitúa la urna junto con el ajuar. En este cementerio, se excavaron un total de 272 tumbas de las cuales aproximadamente un 30% contenía algún tipo de elemento de ajuar y un 14% representaban grupos de armas (Hernández Hernández, 1998).

En referencia a los elementos de ajuar, los grupos guerreros se componen de: puñal o espada y dos puntas de lanza. A estos objetos se le suman umbos de

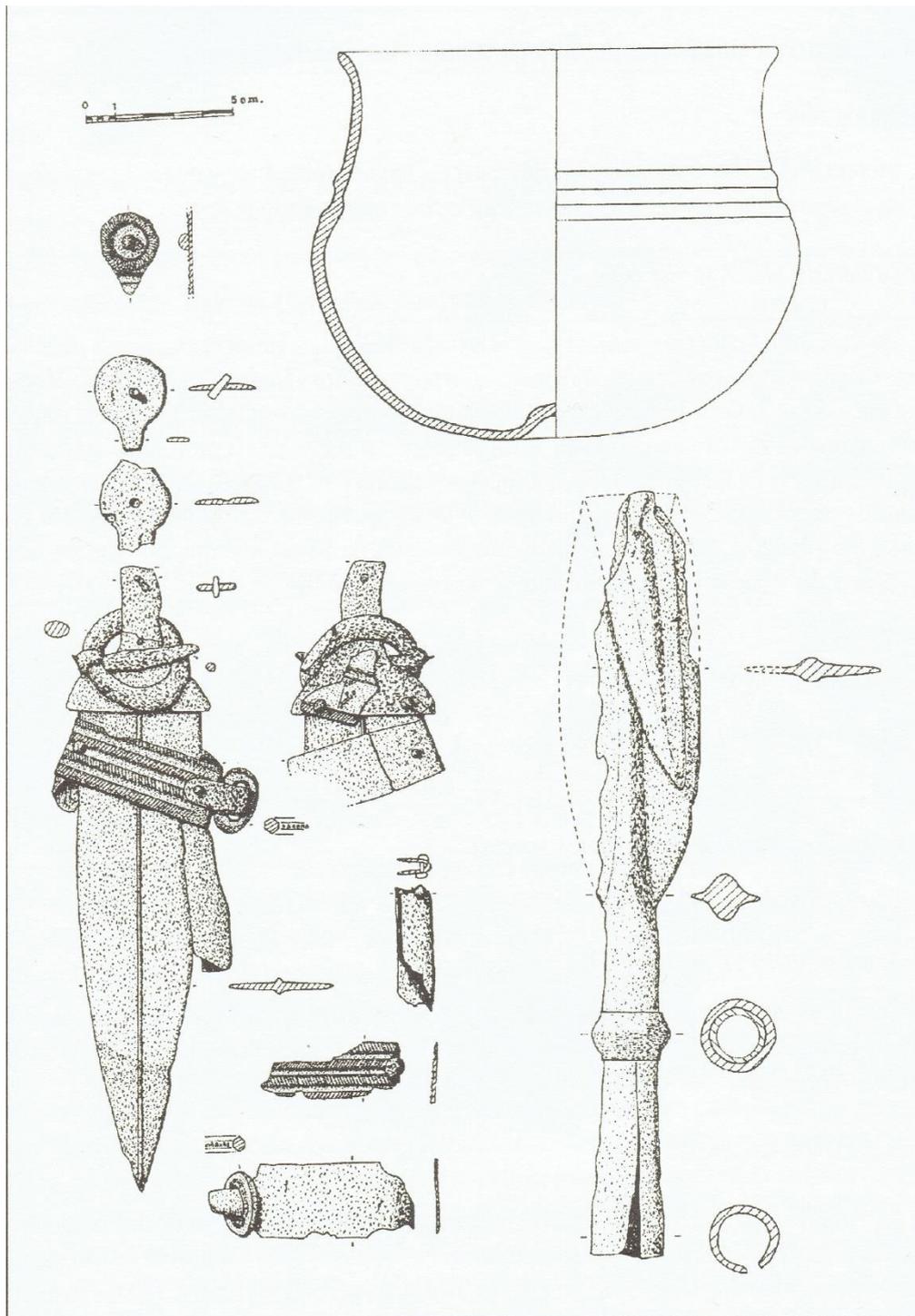


Fig. 14 Tumba 46 de El Romazal I. Fuente: (Sánchez Moreno, 2000, p. 99)

escudo, cuchillos afalcatados y raquetones, sin embargo, sólo una tumba contaba con arreos de caballo y esta era excepcionalmente rica (Hernández Hernández, 1991). Los ajuares más sencillos constan de un elemento: fíbula, anillo, alfiler,

fusayola, bola, vasos de ofrenda etc. (Hernández Hernández & Galán Domingo, 1996).

La necrópolis abarca en su cronología desde el siglo II a.C. al I a.C.

#### 5.2.4 El Romazal II (Villasviejas del Tamuja, Botija, Cáceres)

Se descubrió de manera casual en el año 1993 al intentar delimitar la necrópolis del Romazal I.

En este caso, el conocimiento es muy escaso y tan solo se han descubierto 11 tumbas que, como en el Romazal I, comparten el mismo ritual.

En referencia al ajuar, es muy escaso y no se han hallado restos de armas. Se compone por fíbulas y fusayolas principalmente (Hernández Hernández & Galán Domingo, 1996, pp. 122–126).

El estado actual de su cronología es incierto, sin embargo, los restos hallados determinan que se sitúa en el s. III a.C. (Hernández Hernández & Galán Domingo, 1996).

#### 5.2.5 El Cardenillo (Madrigal de la Vera, Cáceres)

Se sitúa en la margen cacereña de la garganta de Alardos (que separa las provincias de Cáceres y Ávila). EL cementerio se sitúa relativamente cerca del yacimiento del Raso y al santuario de Postoloboso (Sánchez Moreno, 2000, p. 100).

Este cementerio fue descubierto de manera accidental durante el transcurso de labores agrícolas. En el corte que dejó la pala de la maquinaria tras de sí, Antonio González Cordero y su equipo pudieron percibir dos niveles de ocupación. (González Cordero, Henández López, Castillo Castillo, & Torres Núñez, 1990).

Únicamente se ha encontrado una urna funeraria, sin embargo, junto a esta se encontró un bocado de caballo muy desgastado (González Cordero et al., 1990).

Si bien es cierto que la información funeraria es muy escasa, futuras intervenciones ayudarán a completar el registro arqueológico.

#### 5.2.6 Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres)

Se trata de un yacimiento bien conocido. Enclavado a los pies de una pequeña colina, a escasos kilómetros de la localidad de Villanueva. Esta extensión geográfica es muy rica en hallazgos arqueológicos de gran valor. En ella se han descubiertos piezas orientalizantes como un jarrito tartésico o una cerámica ática de

barniz negro. Así, desde el verano de 1993 y hasta el año 2000 se han llevado a cabo campañas de excavación dirigidas por Sebastián Celestino (Celestino Pérez, 1995).

La necrópolis ha dado como resultado la exhumación de 30 tumbas divididas en cinco sectores delimitados por túmulos naturales recortados artificialmente en sus laderas. De estos túmulos se han estudiado de forma parcial Pajares I-II-III.

El ritual es de inhumación de los restos incinerados en pira funeraria. Las urnas se realizan generalmente a mano con decoraciones impresas de diversa índole (dientes de lobo, *zig-zag* o meandros). Todas las tumbas cuentan con al menos un elemento de ajuar. A todo ello se suma la utilización novedosa de calderos de bronce como contenedores de las cenizas<sup>12</sup> (Sánchez Moreno, 2000, p. 102).

De las inhumaciones se han podido recuperar puntas de lanza, brazaletes, fíbulas, botones etc., lo cual parece indicar que los allí depositados eran, por lo general, gente de cierto prestigio social.

La cronología de los enterramientos se sitúa entre el s. V y el II a.C.

### **5.3 OTRAS FORMAS RITUALES**

Como ya se ha mencionado, para la zona que comprenden las provincias de Salamanca y Zamora apenas existen datos sobre el registro funerario. Para dar solución a esta extraña situación los investigadores han centrado su atención en otras formas rituales.

Creo conveniente tratar dos posibles formas rituales que explicarían por qué a pesar de existir una “explosión demográfica” para este período, no se han hallado apenas ningún resto que pueda ser adscrito a un entorno funerario.

El primer ritual es la exposición de cadáveres.

La exposición de cadáveres no es un hecho desconocido. Las fuentes clásicas ya lo refieren. Dos ejemplos ilustrativos son proporcionados por Silio Itálico y Claudio Eliano. El primero, refiriéndose al pueblo celtíbero, dice:

---

<sup>12</sup> Tres tumbas en Pajares I y al menos cinco en Pajares II.

*“Para estos es un honor caer en combate y un sacrilegio incinerar un cuerpo [...] Pues creen que son retornados al cielo, junto con los dioses de lo alto, si el buitro hambriento devora sus miembros yacentes” (Pun. III, 340-343).*

Por su parte, Claudio Eliano al mencionar a los vacceos dice:

*“Los vacceos ultrajan los cuerpos de los cadáveres de los muertos por enfermedad ya que consideran que han muerto cobarde y afeminadamente, y los entregan al fuego; pero a los que han perdido la vida en la guerra los consideran nobles, valientes y dotados de valor y, en consecuencia, los entregan a los buitres porque consideran que éstos son animales sagrados” (De. Nat. An.,.X, 22)*

Se trata de un ritual en el que la comunidad cede los difuntos a la acción de las alimañas, carnívoros y otros elementos de la naturaleza.

La dilatación y extensión que ha tenido la exposición de cadáveres es palpable a lo largo de la Historia. Así, desde Norteamérica y sus tumbas de plataforma, descritas por Chapman, Kinnes, & Randsborg, 1981 o el trabajo de Brown, 1971, hasta la Grecia de los siglos oscuros en Morris, 1989.

En esta serie de rituales, que, si bien nos son conocidos, no podemos alcanzar en su totalidad. Hemos de tener en cuenta la creencia de sus practicantes en los conceptos de “alma” y “más allá”. La existencia de un ente anímico externo al propio cuerpo y de un lugar o espacio superior donde éste habitaría se corresponde con creencias a menudo universales (Huntington & Metcalf, 1979, pp. 111–113).

Existen dos modos de alteración en los restos óseos cuando se produce este ritual. En el primer caso los animales tienen un acceso primario a los cadáveres y la presencia de tejidos blandos impide que se aprecien algunas marcas en los tejidos óseos. En el segundo de los casos, los carnívoros tienen un acceso prolongado y reiterado al esqueleto (por ejemplo, cuando trasladan los restos a sus guaridas). En esta situación las huellas dejadas son mucho más abundantes y visibles. La prueba más contundente de esta situación se da cuando ha desaparecido por completo la epífisis (Esparza Arroyo et al., 2012).

Además, pudieron haber existido también rituales de “dobles exequias”, según la definición de Hertz, 1907. Recordemos que, en este sistema ritual, tras un espacio de tiempo transcurrido después del entierro, se recuperan los restos y se

depositan en su lugar final de descanso. Esta forma ritual otorgaba a los difuntos la dignidad de convertirse en ancestros y los ubicaban de nuevo en la esfera social.

Una de las reflexiones importantes que caben hacer a este respecto es ¿por qué tan pocos casos de exposición de cadáveres?

Es posible que algunas ocasiones (al igual que en Tordillos) los huesos fueran reubicados antes de haberse completado su esqueletización, por lo que las huellas dejadas por los cánidos serían apenas perceptibles o incluso invisibles. La presencia e intensidad de marcas atribuibles a la exposición medioambiental está condicionada a múltiples factores: lugar y forma de exposición, condiciones y temporales de temperatura, la humedad, la edad del individuo o el tipo de hueso son algunas de ellas. Así mismo se puede mencionar el probable freno ideológico de los investigadores. En esta situación, desde nuestro punto de vista, parece difícil encajar que nuestros antepasados fueran capaces de dejar los cuerpos de sus familiares o seres queridos a la intemperie, a la acción de carroñeros. Por otra parte, lo más habitual es el estudio de depósitos primarios, es decir, restos perceptibles prácticamente a simple vista como el caso de las sepulturas. Los restos incompletos han sido menos estudiados y la solución que se les ha dado ha correspondido de forma habitual a circunstancias azarosas como las destrucciones casuales de la tumba preexistente (Esparza *et.al.* 2012).

Otro de los motivos de peso por los que existen tan pocos casos es la escasa atención prestada en la “Arqueología de la Muerte” a los procesos de formación de las prácticas mortuorias (Esparza *et.al.* 2012).

En segundo lugar, la deposición de los difuntos en el elemento agua. Como ya hemos visto, los vetones situaban sus necrópolis cerca de los cursos de agua. A lo largo de los siglos, la humanidad a venerado y respetado este elemento natural.

En el caso de los depósitos acuáticos, estos se encuentran repartidos por toda la geografía peninsular. Los contextos, si bien no tienen por qué ser de carácter estrictamente funerario, se pueden vincular a poblados cercanos (Fábregas y Rydley, 1995).

En este ritual se colocaría al difunto acompañado de su ajuar dentro del medio acuífero en cuestión ya sean ríos, lagos o rías (Fábregas y Rydley, 1995).

Los depósitos contienen en su mayoría objetos metálicos correspondientes a armas. Es por ejemplo el caso del río Guadalquivir. Entre las localidades de la Rinconada y Alcalá del Río (en la provincia de Sevilla) donde en los años ochenta, tras dragar el río, se descubrió un depósito metálico que consistía en tres objetos: una espada de lengua de carpa, una punta de lanza y un regatón de lanza (Ruiz, 1988). Otro caso lo encontramos en el NO de la Península Ibérica. De nuevo, depósitos metálicos (sobretudo armas) recuperados de los ríos Ulla y Miño-Sily cuya cronología responde al Bronce Final. Sin embargo, para la cornisa cantábrica aún no se ha encontrado presencia de depósitos en medio acuífero (Zapatero y Lorio, 1995).

Así mismo encontramos ejemplos en la Europa Nórdica, región en la que se han hallado múltiples depósitos. En este caso se detectó que en algunas ocasiones las armas no habían sido empleadas (es decir, fueron fundidas ex proceso para un ritual), en otros, fueron lanzadas al río una vez se inutilizaron. En Reino Unido, Holanda Bélgica o Irlanda también se encuentran este tipo de depósitos. Son pues una práctica muy extendida en Europa (Fábregas y Rydley, 1995).

No obstante, a esta tesis le falta aún un largo recorrido pues pueden existir múltiples circunstancias por las que esos depósitos se encuentren en un medio acuático y que no tengan nada que ver con el ritual funerario, como pérdidas casuales, ofrendas votivas a alguna deidad de índole acuática o conflictos (Fábregas y Rydley 1995).

Por tanto, si bien en nuestra área geográfica aún no han sido descubiertos estos depósitos, es posible que un futuro no muy lejano puedan llegar a aparecer.

## 6. DIMENSIÓN SOCIAL DEL RITUAL FUNERARIO

Hasta este punto se han proporcionado datos sobre el mundo funerario de los vetones, pero se hace necesario comprender el significado que este pueblo dio al paso al mundo de los muertos. En líneas generales, podemos indicar que existen dos clases de ritos funerarios. El primero es la incineración y posterior inhumación de las cenizas en una urna, acompañada o no de ajuar, y el segundo es la exposición de cadáveres.

Como ya se ha explicado, la sociedad de los vetones se encuentra dividida en diferentes grupos. Cada uno de ellos posee rasgos distintos y un rol determinado en la comunidad. En este sentido, ya conocemos la división jerárquica de los grupos vetones: en la cúspide social se encontraba la élite guerrera y aristocrática, en segundo lugar, un grupo de guerreros de menor categoría, en la tercera posición un grupo no demasiado numeroso de artesanos y comerciantes y, finalmente, en la base la población dedicada a las labores agrícolas, ganaderas y “públicas”.

En las necrópolis de los vetones esta organización social ha sido identificada en la mayoría de los casos. El espacio se encuentra dividido en función del linaje o la posición social de los inhumados. Además, el ajuar es acorde a la posición social que en vida tuvo el difunto.

En el análisis de los cementerios y su significado podemos tener en cuenta diversos factores. En primer lugar, el valor que se otorga a los objetos depositados. En este sentido Wells, 1984 pp. 32–33 al tratar las necrópolis de Hallstat otorga más valor a las tumbas con mayor número de objetos (independientemente de su valor ritual). En nuestro caso, los distintos investigadores han determinado que a mayor número de piezas, mayor el estatus social del difunto (Lorrio, 1997; Lorrio, 1990; Ruiz Zapatero & Chapa Brunet, 1990), aunque, naturalmente, se atiende a los tipos de ajuar y su posible significado ritual o espiritual.

En este sentido, cabe reseñar la importancia del armamento vetón, clave para desentrañar el estatus social más elevado de la sociedad. Para el estudio, evolución y comprensión de éste remitimos a las necrópolis de Las Cogotas, La Osera y el Raso, por ser las más conocidas y las que más elementos de ajuar de este tipo han

proporcionado. Además, estas tres necrópolis constituyen la zona nuclear de Vettonia (Álvarez-Sanchís, 1999).

En los conjuntos cerrados de estos cementerios se han podido localizar ajuares formados por espada, puñal, lanza y escudo. Estos elementos podemos considerarlos como propios de la panoplia militar indígena vetona (Kurtz, 1986; Martín Valls, 1986b). En los conjuntos de Las Cogotas se ha observado que únicamente existen 39 ajuares de este tipo, es decir, únicamente el 2,69% de los enterramientos. Por otra parte, en el cementerio de el Raso de la Candeleda el 17,3 % de sus tumbas pertenecían a individuos de la clase guerrera-aristocrática. Finalmente, la Osera proporciona un 11,7% de inhumaciones de estas características. En términos generales<sup>13</sup>, podemos suponer entre un 3 y un 20% (en cada caso) de los enterramientos atribuibles al grupo con estatus social más elevado (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 174 ss.).

El armamento vetón ofrece varias combinaciones: desde sepulturas muy ricas con panoplias completas hasta las que únicamente ofrecen un arma de asta. En las tumbas de carácter militar contabilizamos siete combinaciones de ajuar:

- 1. Una o dos lanzas:** engloba tanto armas de acometida como armas arrojadas. Solo en algunas ocasiones se acompañan de regatones que pudieron funcionar como puntas (Kurtz, 1987, p. 68). Esta arma seguramente integraría el equipo básico del infante ligero, de ahí que su presencia en los conjuntos con equipo militar sea notable<sup>14</sup>.
- 2. Espada o puñal, escudo y una pareja de lanzas:** componen el ideal de panoplia completa<sup>15</sup>. Es posible que el puñal se incorporase hacia el final del período vetón, pues en la fase precedente suele ser más habitual la espada (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 177).
- 3. Una espada o un puñal:** en ocasiones únicamente se detectan restos de la vaina o el tahalí. Es el modelo con más presencia en los cementerios de Las Cogotas y La Osera (representados el 23,6% y 13,5% de las inhumaciones respectivamente).
- 4. Una espada o puñal y una lanza de acometida o una arrojada.**

---

<sup>13</sup> Se incluyen además las necrópolis extremeñas.

<sup>14</sup> 41,6% en el Raso, 28,9 % Las Cogotas y 27,1% en la Osera.

<sup>15</sup> 33,3% en el Raso, 15,7% Las Cogotas y 25,4 en la Osera.

5. Una o dos lanzas y escudo.

6. Una espada o puñal y escudo.

7. Un escudo: en este caso es muy probable que el ajuar esté incompleto o que el significado del mismo sea incomprensible. En este sentido no cabe duda de que únicamente un escudo no sería útil para acometer una ofensiva.

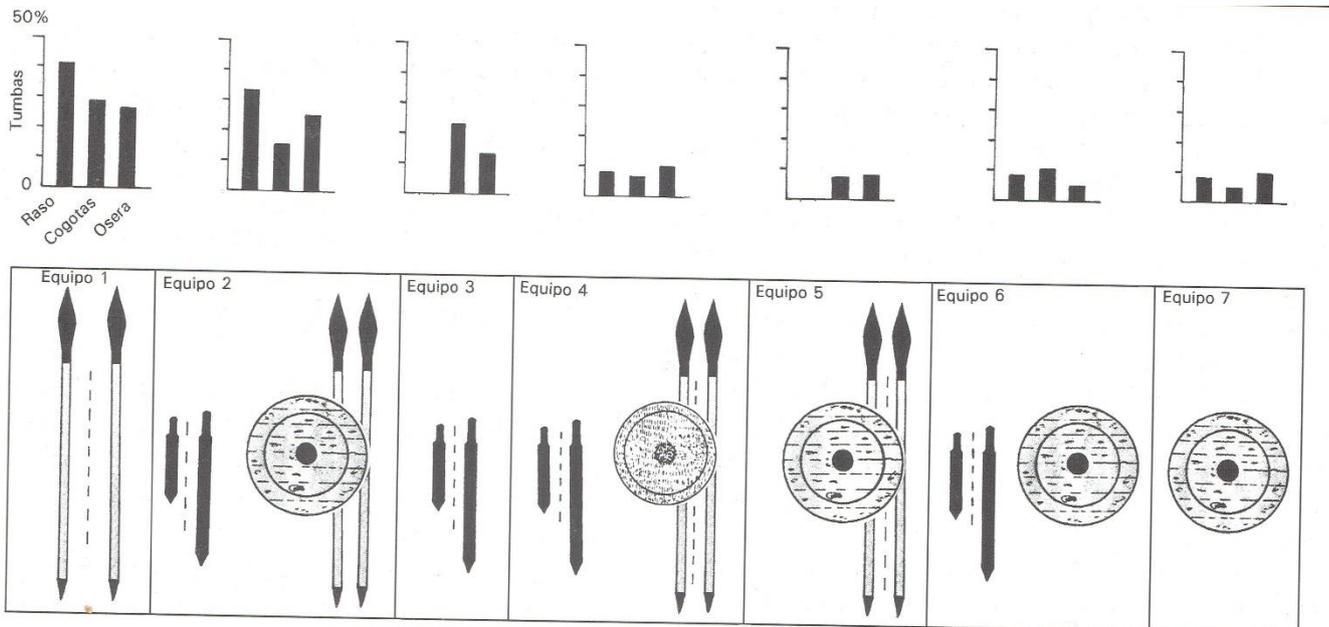


Fig. 15 Distintas configuraciones de equipo militar a partir de los datos extraídos en Las Cogotas, La Osera (zona VI) u el Raso. Los diagramas de la parte superior indican el porcentaje en cada caso. Fuente: Álvarez-Sanchís, 1999, p. 178

En primera instancia, podemos observar que el armamento vetón fue común en el espacio y el tiempo. La mayoría de individuos con ajuar de armas pertenecía a las clases 1 y 2. Además, debemos contar con que, al menos en parte, las lanzas pudieron estar compuestas únicamente de material orgánico. Esto supone que podría existir un número mayor al representado, aunque éstos elementos no han perdurado en el tiempo (Álvarez-Sanchís, 1999).

Cabe reseñar que el armamento vetón y las combinaciones que se encuentran en los enterramientos no difieren, por lo general, de la panoplia celtibérica (Lorrio, 1994, p. 229 ss.). Esto demuestra que el modelo celtibérico se expandió por todo el ámbito céltico de la Meseta y fue el máximo exponente del armamento indígena entre los siglos V-III a.C. Seguramente este modelo armamentístico pervivió más allá del registro funerario en las guerras contra Roma y con reminiscencias en un pasado que se adscribe a la Edad del Bronce (Álvarez-Sanchís, 1999).

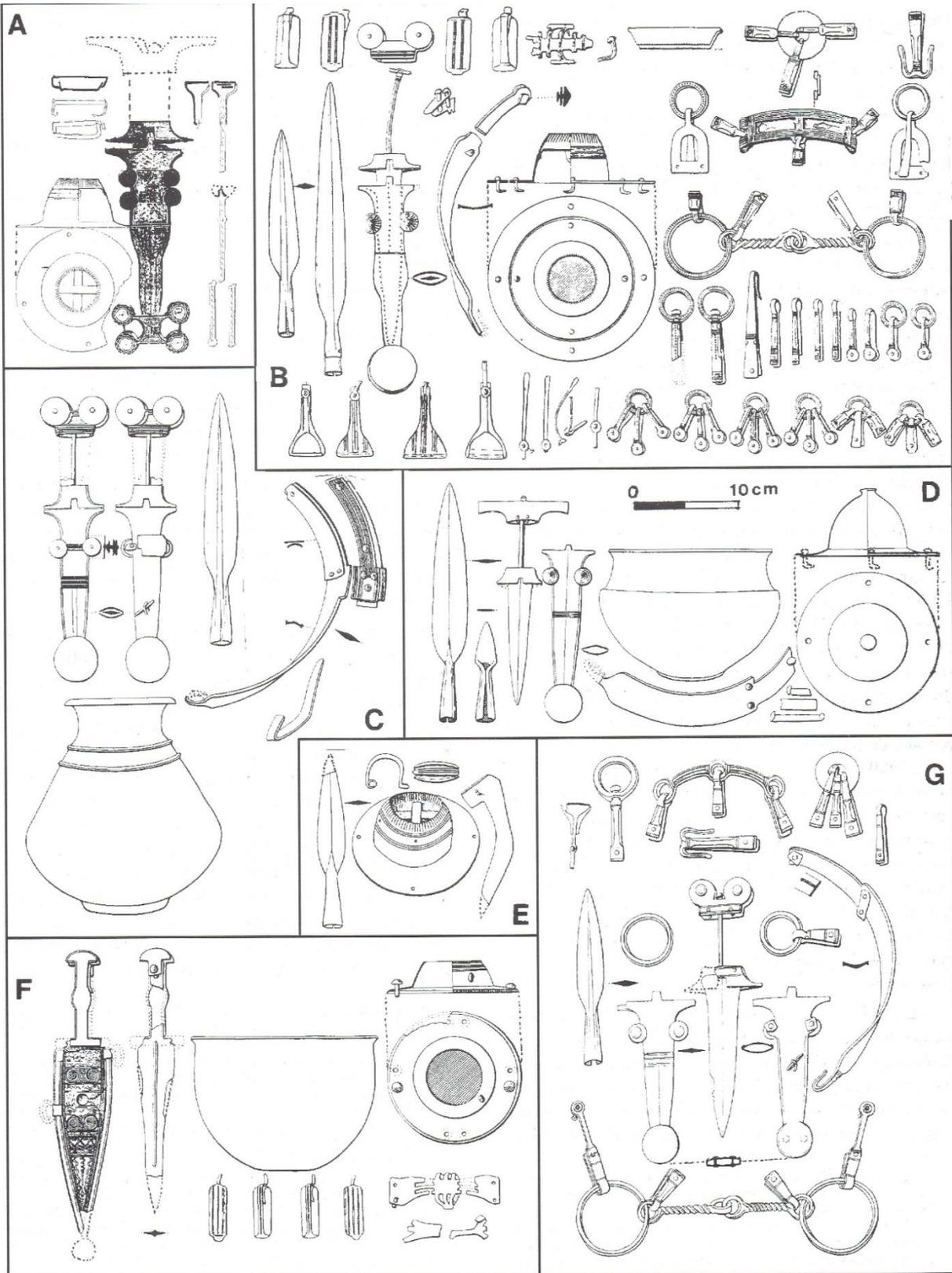


Fig. 16 Ejemplo de ajuares militares hallados en Las Cogotas y La Osera. A: tumba 418 (Las Cogotas); B tumba 288 (Las Cogotas); C tumba 1304 (Las Cogotas); D tumba 1359 (Las Cogotas); E tumba VI-477 (La Osera); F tumba 1354 (Las Cogotas); G tumba 284 (Las Cogotas)

En este grupo social podemos considerar de mayor importancia las tumbas que cuentan con elementos de arreos de caballo. Estos objetos únicamente se encuentran en las tumbas más suntuosas, salvo algunas excepciones en que han sido los únicos objetos encontrados<sup>16</sup>. Por tanto, las tumbas que cuentan con este elemento pertenecen a individuos con mayor poder, tanto económico como social.

El caballo, sin duda jugó un papel primordial como componente de riqueza y estatus. Los équidos son fundamentales para el estudio de los ritmos y los procesos socioeconómicos que se inician en la Edad del Bronce y continúan hasta la romanidad (Sánchez Moreno, 2005).

Sin duda, parte del aura de prestigio y poder que subyace de los individuos que poseían estos bellos animales se debe, entre otros factores, a lo costoso de su mantenimiento. Además, hasta que no se consiguió domesticar a este animal fueron un bien escaso y muy preciado (Sánchez Moreno, 2005).

Además, parece existir un sector social especializado en el ámbito de lo sagrado. Este sector privilegiado es el de los sacerdotes. Conocemos su existencia gracias a la recuperación elementos de ajuar concretos. De este tipo de tumba, tenemos el ejemplo de la tumba 514 de la zona VI de la Osera. Esta tumba ha sido interpretada en relación a un individuo con funciones sacerdotales (Barril & Galán, 2007, pp. 168–169). El hallazgo de objetos relacionados con el fuego y el sacrificio como asadores, tenazas, tijeras, afiladores, cuchillos curvos, badillas o morrillos son algunos de los objetos que nos ayudan a identificar este tipo de enterramiento (Marco Simón, 2012).



*Fig. 17 Morrillo con prótomos de caballos estilizados procedente de la tumba 514 de la zona VI en la Osera. Fotografía de Ángel Martínez Levas. Fuente: [http://ceres.mcu.es/pages/Viewer?img=/MAN/fondos\\_sello/MANF1986\\_81\\_VI\\_514\\_13\\_SEQ\\_002\\_S.JPG](http://ceres.mcu.es/pages/Viewer?img=/MAN/fondos_sello/MANF1986_81_VI_514_13_SEQ_002_S.JPG)*

---

<sup>16</sup> En la necrópolis del Cardenillo (Villanueva de la Vera, Cáceres) la urna cineraria únicamente contenía un bocado de caballo.



En el interior de la tumba se hallaron, además de los objetos relacionados con lo sagrado, varios que tienen que ver con la panoplia militar vetona. Como una vaina de espada, un puñal y diversos arreos de caballo.

Fig. 18 Asador de hierro procedente de la tumba 514 de la zona VI de la Osera. Fotografía de Ángel Martínez Levas. Fuente:

[http://ceres.mcu.es/pages/Viewer?accion=42&AMuseo=MAN&Museo=MAN&Ninv=1986/81/VI/514/14&txt\\_id\\_imagen=1&txt\\_rotar=0&txt\\_zoom=10&txt\\_contraste=0&txt\\_totallmagenes=1&dbCode=1&txt\\_polarizado=0&txt\\_brillo=10.0&txt\\_contrast=1.0](http://ceres.mcu.es/pages/Viewer?accion=42&AMuseo=MAN&Museo=MAN&Ninv=1986/81/VI/514/14&txt_id_imagen=1&txt_rotar=0&txt_zoom=10&txt_contraste=0&txt_totallmagenes=1&dbCode=1&txt_polarizado=0&txt_brillo=10.0&txt_contrast=1.0)

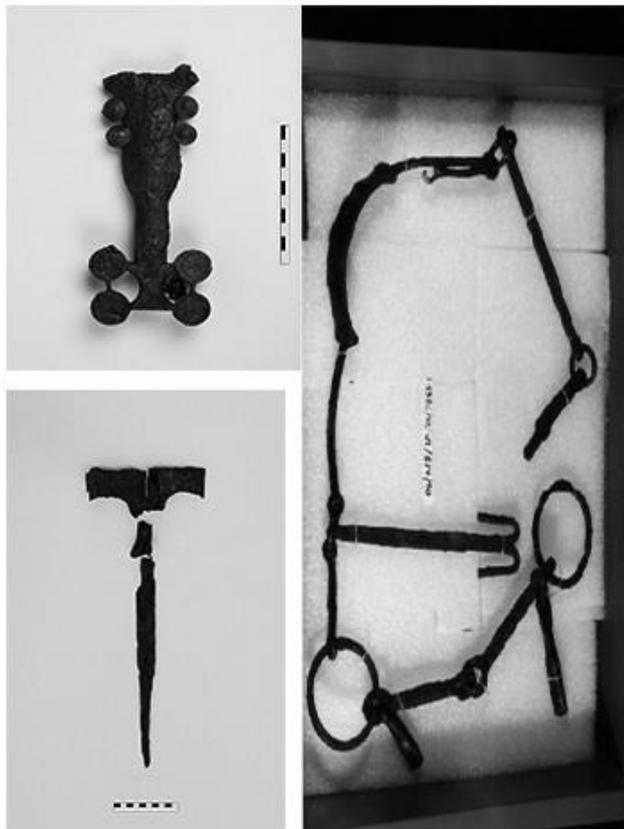
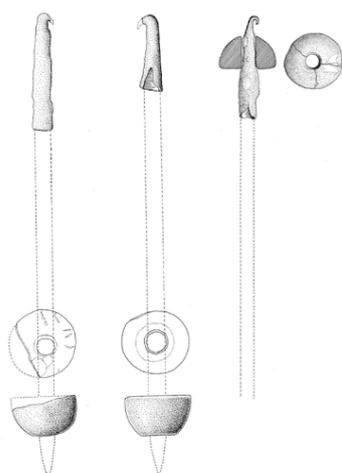


Fig. 19 Algunos de los objetos encontrados junto a los anteriores en la tumba 514 de la zona VI de la Osera (Vaina de puñal, puñal y arreos de caballo). Fotografía: Gonzalo Cases Ortega, Ángel Martínez Levas y Arantxa Boyero Lirón. Fuente: <http://ceres.mcu.es/pages/Main>

Sin embargo, no solo obtenemos información del estrato social al que pertenecen estos individuos a través de fuentes arqueológicas, además contamos con la ayuda de fuentes literarias. De esta manera, Estrabón (3,3,6) narra como el *hieroskópos*<sup>17</sup> lleva a cabo un sacrificio adivinatorio entre los lusitanos (García Quintanella, 1991) que, así mismo tiene su referente para el mundo gálico según Diodoro (5,31). Finalmente, gracias a los escritos de Plutarco (*Quaet. Rom.* 83), sabemos que el procónsul Publio Craso prohibió hacia el 95 a.C. los sacrificios humanos que los habitantes de *Bletisama* (Ledesma, Salamanca) realizaban de acuerdo a sus normas tradicionales.



Es probable que los sacerdotes, además de adivinar y administrar el culto a los distintos dioses que componen la esfera religiosa vetona, también llevarían a cabo tareas relacionadas con la administración de hierbas medicinales como la *vettonica*<sup>18</sup> (Marco Simón, 2012, p. 284).

Fig. 20 Propuesta de posición de las fusayolas sobre uso. Fuente: (Valle, Serna, Muñoz Fernández, & Morlote Expósito, 1996)

Gracias al registro arqueológico, es posible observar el papel de la mujer en el entramado cultural vetón. Al igual que en el caso de los hombres, las mujeres tenían acceso al ritual funerario. El hallazgo de fusayolas y otros elementos de adorno personal situados en tumbas han sido interpretados como pertenecientes a tumbas femeninas.

Por tanto, podemos determinar que las mujeres tenían un papel primordial en el desarrollo de los tejidos empleando lana o el lino que, desde la Edad del Bronce, se venía utilizando en gran medida (Ruiz-Gálvez Priego, 2001).

<sup>17</sup> Término definido por el propio Estrabón y que designa a la persona encargada de examinar a las víctimas humanas y hace augurios

<sup>18</sup> *Stachys officinalis Trevisan* es el nombre científico de la Betónica. Esta planta medicinal originaria de Europa que sirve, entre otras cosas, como remedio natural a la hora de cicatrizar heridas o tratar la diarrea [Fuente: [https://es.wikipedia.org/wiki/Stachys\\_officinalis](https://es.wikipedia.org/wiki/Stachys_officinalis)].

Así mismo, diversas investigaciones como la de Torreira (2012) apuntan a que con toda probabilidad las tumbas en las que se han hallado diversos elementos de ajuar relacionados con adornos personales, como las fíbulas o cuentas de collar, estarían en relación con tumbas femeninas, aunque los datos, al provenir de excavaciones antiguas, no pueden ser determinantes. En esta línea de análisis Álvarez-Sanchís (1999), Baquedano (2001) o Martín Valls (1999) han aportado un gran conocimiento. Esta clase de ajuares ricos, pero sin armas, pueden asociarse a mujeres con mayor relevancia en la sociedad vetona.

Sin embargo, asumimos que dada la antigüedad y método de las excavaciones a nivel paleoantropológico es muy difícil determinar grupo de edad o género. Se añade que los restos asociados a este tipo de ajuar se encuentran calcinados, fragmentados y, en última instancia, seleccionados antes de su inhumación. Por tanto, en la mayoría de ocasiones es imposible determinar las características de género y edad.

Para resolver, en cierta medida, esta problemática se ha acudido a los enterramientos dobles en los que encontramos adulto y niño o bien dos adultos. Se ha determinado que en el primer caso se trata de madre e hijo. Para la segunda propuesta, se trata de varón y mujer (Torreira, 2012, p. 324). En estos casos, muy excepcionales puesto que, como ya se ha señalado, lo habitual es la inhumación individual, los ajuares extraídos no dejan de ser reveladores.

La tumba 30 de la necrópolis de La Rueda (Valladolid) se corresponde con un enterramiento doble de varón y mujer. Si bien es cierto que esta necrópolis fue construida por el pueblo vacceo, es posible asimilar que tanto vetones como vacceos compartían rasgos culturales muy similares y, por tanto, extrapolables.

La tumba 30 se compone de dos cuerpos: un hombre, de una edad estimada entre 50-60 años, junto a los restos de una mujer joven, de 18-20 años. En ambos casos, los restos se encontraron en sendas urnas funerarias separadas mediante una laja de piedra caliza. En el espacio del individuo varón se hallaron un total de diecisiete objetos relacionados con la panoplia militar, mientras que la joven portaba mayoritariamente objetos cerámicos y de adorno personal (Torreira, 2012).

Se puede concluir que la mujer tiene un papel destacado en cuanto su asociación a un varón. Además, seguramente la política de matrimonio de conveniencia fuera una constante en el mundo vetón a raíz de los datos extraídos

de la tumba 50. Además, parece que el número de objetos asociados a las mujeres es menor que en el caso de los hombres, aunque seguramente ello no implique una menor carga simbólica o relevancia dentro del grupo. En este sentido, podemos destacar que la mujer era reconocida en el ritual funerario, a pesar de que no alcancemos a discernir el rol que mantenía en la sociedad vetona.

Si bien el estudio de las élites aristocráticas/guerreras se ha realizado con bastante precisión, no ocurre lo mismo para el 70% de la población restante. Esto se debe a que los ajueres son muy escasos o incluso inexistentes en algunos casos. Así, podemos hablar de un dilatado escalón de personas con un nivel de riqueza muy reducido y por una condición social baja a nuestros ojos (Sánchez Moreno, 2000, p. 240).

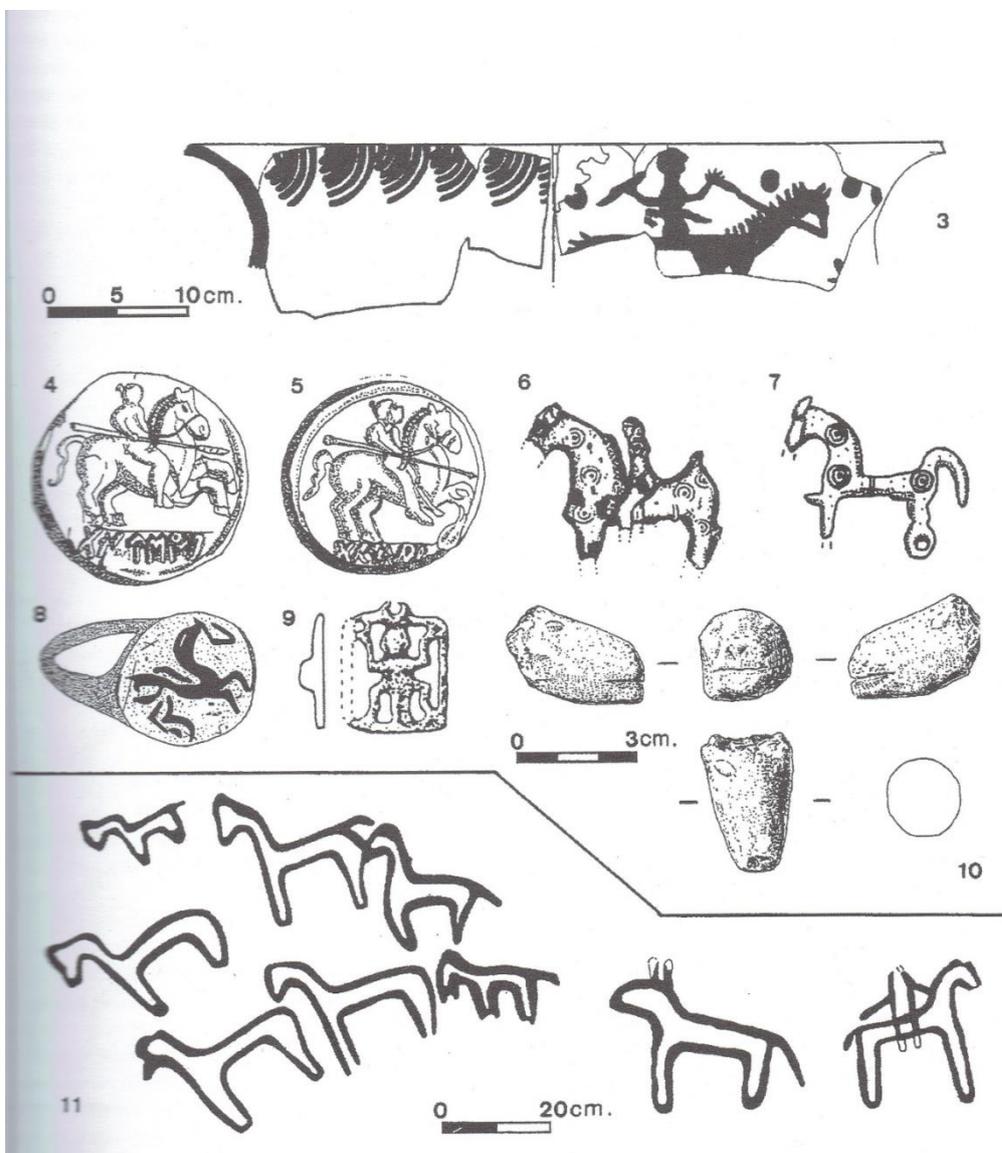


Fig. 21 Diversas representaciones del caballo en territorio vetón. Procenden de Las Cogotas (7 y10), La Coraja (3 y6), Villas nuevas de Tamuja (4y5) El Berrueco (8), La Osera (9) y Yecla la Vieja (11). Fuente: Sopeña Genzor, 2008, p. 295.

Este escalafón social se compone de agrupaciones familiares de distinto grado y muy difíciles de dividir. A nivel arqueológico se observa que sus enterramientos apenas contienen elementos de ajuar. Es posible que incluso algunos de estos miembros de más baja condición social no accedieran al ritual incinerador y hubieran sido objeto de un ritual que no deja huella arqueológica (Sánchez Moreno, 2000).

En sentido arqueológico no podemos saber hasta qué punto estas personas tenían una relación de servidumbre. Seguramente, existiría un conjunto de individuos más o menos empobrecidos y otros sometidos.

Recordemos que los vetones poseían esclavos, normalmente cautivos de guerra. Es posible que estos esclavos fueran en su mayoría los que se encargaban de cuidar los ganados y realizar toda suerte de actividades públicas. Es posible que las inhumaciones sin ajuar ni urna, es decir, las que únicamente consisten en el sepelio de cenizas depositadas en hoyo, perteneciesen a este colectivo. También es posible que no accediesen al ritual incinerador y se les proporcionase otra clase de funeral.

Así mismo, es necesario aportar conocimiento sobre enterramientos infantiles. Sin embargo, se advierte que la disciplina arqueológica apenas ha abordado la muerte en la infancia (Fernández Crespo, 2008).

La existencia de un ritual diferencial para los individuos infantiles es un hecho ampliamente extendido. Los vetones enterraban a los miembros infantiles en el interior de los poblados asociados a estructuras domésticas, normalmente en el interior de las casas o en sus muros exteriores.

Este ritual es arqueológicamente visible desde finales de la Edad del Bronce hasta, al menos, el primer cuarto del siglo XX (Fernández Crespo, 2008). En la Edad del Hierro este es más visible y encontramos algunos ejemplos en Cogotas I y la cultura del Soto de Medinilla (Álvarez-Sanchís, 1999, p. 64). Normalmente acceden a este rito los individuos menores de un año, aunque para la zona de Álava se han localizado enterramientos infantiles con estas características en los que aparecía restos humanos pertenecientes a individuos infantiles de al menos dos años de edad (Fernández Crespo, 2008).

Por otra parte, parece factible que no se enterrasen todos los miembros de la sociedad. En este sentido, Atkinson (1968, p. 92), advirtió que durante el Neolítico

Británico apenas existían tumbas y las escasas que se hallaron pertenecen a una parte muy seleccionada de la población, mientras que el resto de la sociedad habría accedido a otra forma ritual que no dejó huella arqueológica.

Si atendemos a la circunstancia de que la sociedad vetona conservaba parte de sus raíces culturales heredadas de los sustratos culturales anteriores, es muy probable que emplearan distintos modos funerarios en consonancia a la condición social de quien recibía los funerales.

Sin duda, la sociedad vetona tenía un carácter muy polarizado y oscilaba entre dos polos opuestos: por un lado, una minoría aristocrática y guerrera. Por el otro, una amplia mayoría de individuos con una condición social de menor prestigio.

## 7. CONCLUSIONES

A lo largo de este Trabajo de Fin de Máster hemos intentado poner en relieve los aspectos más destacados y solventar, en cierto modo, las dudas más acuciantes en torno al ritual funerario que llevaban a cabo los habitantes de la antigua Vettonia.

En primer lugar, se ha aportado un nuevo enfoque y revisión de los distintos fenómenos funerarios en un marco temporal bastante amplio, no exento de grandes dificultades para su estudio. Estas dificultades derivan de la escasez de trabajos y fuentes documentales, dado que las conclusiones sobre muchos yacimientos que han sido excavados permanecen inéditas y, por lo tanto, inaccesibles para su posible revisión.

Por otra parte, es difícil alcanzar una interpretación definitiva sobre el mundo funerario, pues, como hemos visto, existían al menos dos tipos de ritual llevados a cabo por los vetones. Por lo que sabemos, ambos rituales no tienen por qué ser excluyentes, sin embargo, llama la atención el hecho de que las necrópolis se localicen en la zona de Ávila y Extremadura, mientras que en el caso de Salamanca y Zamora apenas se han encontrado restos. Dar una respuesta a esta diversidad fundamentada exclusivamente en la Arqueología hoy en día es imposible y, por lo tanto, hemos de apoyarnos en el estudio de las mentalidades.

A nuestro juicio, la explicación a esta realidad arqueológica debe buscarse en la mentalidad de las distintas comunidades que habitaban la Submeseta norte. En este sentido, es probable que las comunidades situadas al norte de la actual provincia de Ávila tuvieran un carácter más guerrero que las comunidades situadas al sur. Podemos asumir que las primeras también pudieron haber estado más arraigadas a las tradiciones de la Edad del Bronce y del Neolítico y que, por lo tanto, a pesar de conocer el ritual de incineración e inhumación en urna de las cenizas, hubiesen optado por continuar con la tradición de sus antepasados.

Al igual que ocurre en el caso de otros pueblos antiguos de Europa, es posible que los vetones localizados más al norte emplearan los cursos de agua para propiciar o celebrar el supuesto paso de los difuntos al mundo de los muertos.

Los aspectos relacionados con el ritual funerario en la antigua Vettonia son muy oscuros, pues se observan dos modos fundamentales de rito: en el primer caso, los individuos son inhumados tras su cremación; en el segundo, se accede a un modo ritual que no deja huella arqueológica. La escasez de nuevos hallazgos y las pocas ayudas que posibiliten la investigación han provocado que los investigadores se hayan concentrado en el estudio de los yacimientos arqueológicos ya conocidos. Si bien es cierto que durante las décadas de 1970-1980 se dio un impulso renovador a la investigación, ésta se ha estancado en época reciente, pese al interés por analizar con nuevos interrogantes la cultura de los pueblos que habitaron la Submeseta norte y el resto de la Península Ibérica.

Por supuesto, ninguna de las interpretaciones presentadas en este trabajo tiene por qué ser la correcta de manera absoluta, ya que todas ellas tienen que ver con el “mundo de las mentalidades”, un ámbito del conocimiento al que los investigadores no pueden acceder de forma incontestable.

Con respecto a los ajuares, debemos tener en cuenta lo escasos que son de manera general. Tras el análisis de las diferentes necrópolis, su disposición y las tumbas que contienen, parece claro que sólo algunos miembros escogidos de la sociedad tenían posibilidad de enterrarse con ajuar funerario. Hemos de tener clara la carga simbólica de los objetos y de cómo estos hacen referencia al individuo al que aparecen asociados.

El elemento clave de las ofrendas son los recipientes de cerámica. Aún hoy desconocemos el significado que pueden haber tenido estas dádivas, fabricadas a torno o a mano. Con toda probabilidad, la diferencia entre los vasos modelados a mano o torneados se debe a una cuestión de riqueza, carente de significado simbólico. Partimos de la hipótesis de que cuando un individuo quería honrar a un difunto podía encargarse a uno de los alfareros locales o bien adquirirla en el mercado e, incluso, fabricarla él mismo, según sus posibilidades económicas.

La carga simbólica de la cerámica era la misma, independientemente de si estaba fabricada a mano o a torno. En muchas ocasiones se han detectado trazas de alimentos y libaciones realizadas con ocasión del banquete que se ofrecía en

honor al difunto. Por consiguiente, la aparición de vasijas de cerámica en la tumba tiene que ver con la idea de hacer partícipe al difunto de dicho banquete.

Se trata de elementos básicos que no suelen faltar en los ajuares e, incluso, que puede ser los únicos hallados. Su presencia parece ser independiente del nivel de riqueza del individuo o individuos responsables del enterramiento.

Un caso diferente es el de los enterramientos sin ajuar. Éstos, como hemos visto, son bastante frecuentes. Podemos deducir que en las comunidades en las que se inhumaba el acceso a este rito debe ser ganado u otorgado por la comunidad. A pesar de no tener ajuar, los individuos inhumados ganaron el acceso al ritual. Quizá la ausencia del ritual se deba a la condición social que en vida poseyó la persona enterrada. Es posible que algunos miembros de la comunidad con poco acceso a la riqueza únicamente se enterrasen por el hecho de ser pertenecientes a dicho espacio social.

Con respecto al grupo de enterramientos con armas, hemos visto que representan alrededor del 20%-30% del total de las inhumaciones. Sabemos con seguridad que correspondían a la élite que controlaba los aspectos más relevantes de la sociedad vetona, tales como la ganadería, agricultura, territorio o guerra. Por otra parte, esta minoría aristocrática y guerrera estaba subdividida en distintos grupos. El acceso al conocimiento de cada uno de ellos es muy complejo.

En primer lugar, en los ajuares compuestos por armamento aparecen, al menos, siete configuraciones de armas. De estas siete la más común es la de dos lanzas y la menos habitual la que contiene únicamente un escudo. El hecho significativo proviene de las tumbas que contienen los equipos conformados por lanza, escudo, espada y puñal además de los arreos de caballo. No son los más habituales y quizá representen a la élite no sólo de los guerreros vetones, sino también la élite social. Es seguro que si bien no conocemos en profundidad cómo era la economía de estos pueblos, el acceso a una panoplia militar que incluye diversos elementos metálicos de un coste muy elevado además de poder hacer frente al mantenimiento de su montura ha de suponer que sus poseedores no sólo eran individuos con un acceso elevado a la riqueza, sino que además contaban con un amplio poder y prestigio social.

De esta manera, si comparamos las distintas tumbas con armas, nos damos cuenta de que muy pocos contaban con el poder suficiente como para poseer una panoplia completa de guerra, además de, al menos, un caballo. Por detrás de ésta, se sitúa una mayoría guerrera que no poseía caballos. Estos guerreros supondrían la base sobre la que la élite aristocrático-guerrera se asienta a través de distintas redes clientelares, tal y como nos narran las distintas fuentes clásicas (Sanchez Moreno, 1996). Así mismo, estos guerreros de menor categoría disfrutarían de un mayor nivel de riqueza que el resto de la sociedad si comparamos éstos con los de sus coetáneos que o bien tienen uno o dos objetos o ninguno.

Es seguro que esta “mayoría guerrera” también tuviera el control de parte de las tierras y ganados y de ahí su riqueza.

Entendemos que el acceso a los metales es síntoma de prestigio social y riqueza personal o familiar. Esto se debe a que el metal, especialmente el hierro, es muy difícil de trabajar mediante la tecnología de que se disponía en la Edad del Hierro. Además, muchos investigadores creen que existe una relación directa entre el papel que desempeñaron los herreros durante la Protohistoria y lo sagrado. Así pues, el grueso de la sociedad no tendría acceso al metal o su acceso sería muy restringido, por lo que esta base guerrera tenía cierto poder económico y prestigio social.

En cuanto a la base social, formada por individuos que se dedicarían a labores relacionadas con la tierra, recolección, caza, alfarería, etc., podemos deducir que, si bien el desempeño de su labor era fundamental para el buen funcionamiento de la comunidad, su acceso a la riqueza era mucho menor si juzgamos los elementos de ajuar. En este caso, son escasos los elementos metálicos y predominan los cerámicos. Esto no quiere decir que los elementos metálicos fueran mejores o peores que los cerámicos, únicamente que su carga simbólica ha de ser necesariamente distinta.

No podemos alcanzar a conocer con total seguridad qué diferencia un ajuar metálico de uno cerámico, lo que sí sabemos es que el metal, al ser un producto más con un acceso más restringido al común de la sociedad, debe tener un significado o carga simbólica de mayor envergadura que la cerámica, que es un

objeto de uso cotidiano. Es posible que los individuos que cuentan con ajuar de tipo metálico, independientemente de otros elementos de carácter cerámico, tuvieran un papel más relevante en la sociedad. A este grupo pueden pertenecer los ya mencionados artesanos y comerciantes. Estos individuos, al poseer un conocimiento al que no todos los habitantes de la comunidad tenían acceso, tuvieron un mayor prestigio y por lo tanto un ajuar más rico.

Las personas que fueron inhumadas en urnas con un único elemento de ajuar o ninguno es seguro que pertenecieron al ámbito más humilde de la comunidad vetona. Se trata de los individuos que conformaron el grueso de la sociedad del pueblo vetón.

Otra circunstancia se da cuando los restos se hallan sin urna ni ajuar. Estos restos son de muy difícil interpretación, ya que las opciones son múltiples. Cabe la teoría de que se trataba de esclavos que fueron favorecidos por los individuos a quienes servían y se ganaron el derecho al ritual o incluso la libertad. También podemos suponer que fueran mujeres muertas durante el parto. Esta interpretación es acorde con las fuentes clásicas, según las cuales la muerte, si no se adecuaba a una serie de rasgos, iba asociada a un ritual distinto. Así mismo, podría tratarse de ancianos o individuos que murieron por enfermedad. El mayor problema a la hora de dilucidar esta cuestión es la falta de estudios antropológicos. Lo que sí es seguro, es que estos individuos no tienen prestigio social, aunque la comunidad cree que deben ser incinerados y enterrados.

Otra cuestión que me gustaría destacar en este apartado de conclusiones es el papel de la mujer en la sociedad vetona. Puesto que ha sido posible adscribir ciertos elementos de ajuar, como broches o fusayolas, al género femenino, se deduce que los vetones asumían que las mujeres tenían un papel netamente distinto al de los hombres.

En este sentido, podemos concluir que la mujer no tenía un papel en la guerra, si juzgamos los ajuares que asumimos como femeninos. Las mujeres vetonas parecen haber desempeñado un rol doméstico, asumiendo labores de hilatura y, seguramente, el cuidado del hogar y de los hijos. Por otra parte, la

actividad textil parece haber tenido cierto prestigio social y haber sido una tarea apreciada por la comunidad.

Por otra parte, tenemos a las mujeres de la élite social, normalmente asociadas a un individuo varón en tumbas dobles. Así, parece que el acceso a los estratos más altos de la sociedad, en el caso de ser mujer, pasaba por la unión con un varón que ya pertenecía a dichos estratos.

Podemos concluir que la mujer estaba valorada socialmente y que no desempeñaba un papel secundario. La importancia de su labor estaba reconocida en el ritual funerario, del que ha quedado una huella arqueológica reconocible y perdurable.

En cuanto a los niños, únicamente en El Mercadillo se han documentado tres tumbas infantiles. Si bien no podemos determinar su edad, es seguro que la mayoría de niños, a juzgar por lo escaso de sus inhumaciones, accedieran a este ritual a partir de una cierta edad. Los individuos neonatos y menores de 6 años habitualmente se enterrarían en los poblados asociados a las estructuras de vivienda. Otra opción es que sólo ciertos individuos infantiles de un estatus social elevado fueran partícipes de la inhumación y que el resto tuviera acceso a un ritual funerario que no deja huella arqueológica.

En la cultura vetona, es más probable que se diera la segunda circunstancia, si tenemos en cuenta lo escaso de estos enterramientos y la elevada tasa de mortandad infantil que hasta el s. XX no ha disminuido.

No debemos olvidarnos de las ofrendas depositadas junto con las urnas funerarias que no han llegado hasta nosotros. Es el caso de las posibles ofrendas florales o de alimentos depositados sobre recipientes fabricados con materiales perecederos de origen orgánico. Seguramente, flores y comida fueran depositados con cierta regularidad en las tumbas a modo de ofrenda, pero por desgracia, la acidez del suelo y el tiempo han borrado toda posible huella.

En cuanto a las necrópolis, hemos observado que se cumplen algunas reglas o normas generales. Se sitúan cerca de las puertas de los poblados, pueden o no ser visibles desde los mismos, se localizan cerca de los cursos de agua y el rito predominante es la incineración y posterior inhumación en urna. Además, hemos

observado cómo en la mayoría predomina un ordenamiento sistemático del espacio funerario.

El hecho de ordenar el espacio funerario de manera consciente y premeditada deja claro que existía en esta sociedad una jerarquía que se trasladaba a la otra vida. Los difuntos, al igual que los vivos, debían estar situados en el lugar que les correspondía. Además, parece claro que las distintas áreas pertenecen a individuos de distintas capas sociales. Así mismo, se ha observado una relación clientelar-familiar dentro de estos espacios. De esta manera, una misma familia o grupo de familias se hace enterrar en una misma área. Si bien es cierto que a este respecto aún son necesarios estudios de carácter antropológico y de análisis de ADN, en realidad no es descabellado pensar que cuando un grupo o familia de individuos contaba con un cierto acceso a la riqueza se hiciera inhumar dentro de un mismo espacio o parcela.

Este hecho se repite desde, al menos, el Calcolítico. En esta época encontramos un auge de la inhumación colectiva que se mantiene sin grandes modificaciones hasta el Bronce Medio. No es de extrañar que las sociedades de la Segunda Edad del Hierro guarden ciertas similitudes en el campo ideológico con sus antepasados, incluyendo la visión de la muerte y del más allá.

Otro aspecto interesante en las necrópolis de época vetona es su proximidad a cursos o fuentes de agua. Podemos relacionar esta característica con la idea de que para las sociedades prehistóricas el elemento agua tenía un significado espiritual. Por tanto, no es de extrañar la proximidad de los enterramientos a cursos de agua o el uso de los propios ríos y lagos como depósitos funerarios.

A este respecto y en referencia explícita a los rituales que no dejaron huella arqueológica, podemos considerar que, tras la cremación de los restos mortales, los huesos y objetos seleccionados fueran depositados en los distintos cursos de agua. De esta manera se explica la escasez de estos restos y la enorme dificultad para su localización. Los cursos de agua que emplearon estas sociedades continúan existiendo en la actualidad, por tanto y únicamente con carácter excepcional, se pueden encontrar en los fondos de ríos algunos objetos pertenecientes a posibles ajueres.

Debido a la composición orgánica de los huesos, se considera imposible su conservación a tan largo plazo en un caudal de agua fluido, por lo que únicamente podemos recuperar algunos de los objetos que acompañaban al difunto o que fueron utilizados para rendir culto a alguna deidad.

También nos llama la atención el hecho de que en La Osera se encuentren una serie de hitos que tienen su referencia en el mapa estelar. De momento, este cementerio es el único en el que se puede demostrar esta relación, sin embargo, con toda probabilidad, en un futuro próximo las distintas intervenciones en otras necrópolis y en aquellas que están por descubrir nos proporcionarán nuevos datos en este sentido. Considero que el hecho de no tener más referencias en este ámbito se debe a que el campo de la arqueoastronomía está en estos momentos en desarrollo. Si bien cada día tenemos más información y mejores métodos es aún hoy un campo poco explotado. Próximamente, nos proporcionará una gran cantidad de información sobre todo lo relacionado con el mundo de las mentalidades.

En fin, somos plenamente conscientes de que este trabajo supone una contribución limitada a la investigación y otorga una visión particular del mundo funerario en la Submeseta norte. Asimismo, el mundo funerario en este marco geográfico escogido, lejos de ser una cuestión suficientemente conocida, deja muchas vías para seguir aportando nuevos datos y elementos que contribuyan a un mejor conocimiento de las sociedades del pasado.



## BIBLIOGRAFÍA

- Almagro Gorbea, M. (1994). El urbanismo en la Hispania “céltica”: castros y oppida. *Complutum*, (4), 13–76. JOUR.
- Álvarez Sanchís, J. R. (2008). El descubrimiento de los vettones: las Cogotas y la cultura de los verracos. *Zona Arqueológica*, (12), 14–43. JOUR.
- Álvarez-Sanchís, J. R. (1999). *Los vettones*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Álvarez-Sanchís, J. R. (2003). *Los vettones: arqueología de un pueblo protohistórico*. Retrieved from [https://www.worldcat.org/title/vettones-arqueologia-de-un-pueblo-protohistorico-tesis-doctoral/oclc/432892892&referer=brief\\_results](https://www.worldcat.org/title/vettones-arqueologia-de-un-pueblo-protohistorico-tesis-doctoral/oclc/432892892&referer=brief_results)
- Álvarez-Sanchís, J. R. (2008). *Arqueología vettona : la meseta occidental en la Edad del Hierro*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional.
- Apellániz, J. . (1975). El grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica. *Munibe Antropologia-Arkeologia*, 27, 1–136.
- Atkinson, J. R. . (1968). *Old mortality: some aspects of burial and population in Neolithic England*. (J. y S. D. D. . (eds. ). S. in A. E. essays presented to S. P. En Coles, Ed.). Leicester: Leicester University Press.
- Baquedano, I. (2001). La necrópolis de la Osera. In M. Gorbea, Almagro, M. Mariné, & J. Álvarez-Sanchís (Eds.), *Celtas y Vettones* (Ávila: Dip, pp. 305–313). Ávila.
- Baquedano, I., & Escorza, C. M. (1998). ALINEACIONES ASTRONÓMICAS EN LA NECRÓPOLIS DE LA EDAD DEL HIERRO DE LA OSERA (CHAMARTIN DE LA SIERRA, ÁVILA). *Complutum*, (1985).
- Baquedano Beltrán, M. I., & Escorza, C. M. (1996). Distribución espacial de una necrópolis de la II Edad del Hierro: la Zona I de La Osera en Chamartín de la Sierra, Ávila. *Complutum*, (7), 175–194.
- Barril, M., & Galán, E. (2007). *Ecós del Mediterráneo. El mundo íbero y la cultura*

vetona. Ávila: Diputación Provincial del Ávila.

Binford, R. . (1971). Mortuary practices: Their study and their potential. *Memoirs of the Society for American Archaeology*, 56(Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices), 6–56.

Blasco Bosqued, M. C. (2008). Las actividades productivas en el mundo vettón. *Zona Arqueológica*, (12), 126–139. JOUR.

Bradley, R., & Fábregas Valcarce, R. (1995). El silencio de las fuentes: prácticas funerarias en la Edad del Bronce del Noroeste y su contexto europeo. *Complutum*, (6), 153–166. JOUR.

Brown, J. A. (1971). The Dimensions of Status in the Burials at Spiro. *Memoirs of the Society for American Archaeology*, (25), 92–112.

Cabré, A. J., Cabré, . M. E, & Molinero, P. A. (1950). *El castro y la necrópolis del hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avilla)*. (C. G. de E. A. Ministerio de Educación Nacional, Ed.) (Acta arque). Madrid.

Cabré Aguilló, J. (1932). *Excavaciones de las Cogotas Cardeñosa (Avila): 2.La necrópolis* (España; J). MADRID.

Celestino Pérez, S. (1995). El período Orientalizante en Extremadura. *Extremadura Arqueológica*, IV, 67–89.

Chapman, R., Kinnes, I., & Randsborg, K. (1981). Approches to the archaeology of death. In *The Archaeology of death*. (pp. 1–24). Cambridge: Cambridge University Press.

Díaz-Guardamino Uribe, M. (2010). *LAS ESTELAS DECORADAS EN LA PREHISTORIA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA*. Universidad Complutense de Madrid. <http://doi.org/ISBN: 978-84-693-1123-3>

Esparza, Arroyo, Á., & Blanco González, A. (2008). El solar de Vettonia, antes de los vettones. *Zona Arqueológica*, (12), 80–93. JOUR.

Esparza Arroyo, Ángel ;Martín Valls, R. (1992). Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica. *Complutum*, (2), 259–280. JOUR.

Esparza Arroyo, Á., Velasco Vázquez, J., & Castro Delibes de, G. (2012).

EXPOSICIÓN DE CADÁVERES EN EL YACIMIENTO DE TORDILLOS ( ALDEASECA DE LA FRONTERA , SALAMANCA ). PERSPECTIVA BIOARQUEOLÓGICA Y POSIBLES IMPLICACIONES PARA EL ESTUDIO DEL RITUAL FUNERARIO DE COGOTAS | Exposure of corpses at the site of Tordillos ( Aldeaseca. *Biblid*, LXIX, 95–128.

Fernández Crespo, T. (2008). Los enterramientos infantiles en contextos domésticos en la Cuenca Alta/Media del Ebro: a propósito de la inhumación del despoblado altomedieval de Aistra (Álava). *Munibe Antropologia - Arkeologia*, 59(1), 199–217.

Fernández Gómez, F. (1986). *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda (Ávila) (I-II)* (Institució). Ávila.

Fernández Gómez, F. (1997). Problemas arqueológicos del yacimiento de El Raso de Candeleda (Ávila). *Trasierra*, 2, 81–94.

García Quintanella, M. (1991). El sacrificio adivinatorio céltico y la religión de los lusitanos. *Polis*, 3, 25–37.

González Cordero, A., Henández López, M., Castillo Castillo, J., & Torres Núñez, J. (1990). La necrópolis de Pajares y el Cardenillo en Madrigal de la Vera y Villanueva de la Vera (Cáceres). La influencia meseteña en el norte de Extremadura. *Studia Zamorensia*, 11, 129–160.

González-Tablas Sastre, F. J. (1985). La necrópolis de Trasguija: aproximación al estudio de la estructura social de Las Cogotas. *Norba*, 6, 43–51.

González-Tablas Sastre, F. J. (2008). La casa vettona: actuaciones recientes en el castro de La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Avila). *Zona Arqueológica*, (12), 202–213. JOUR.

Heras Mora, F. J. (2001). Algunas consideraciones acerca de materiales reciclados en las necrópolis prerromanas cacereñas. *Cuadernos de Arqueología*, 9(Universidad de Navarra), 175–196.

Hernández Hernández, F. (1991). Las necrópolis del poblado de Villasviejas (Cáceres). *Extremadura Arqueológica*, II, 255–267.

Hernández Hernández, F. (1998). La necrópolis de “El Romazal”: Plasenzuela

- (Cáceres). In *Homenaje a José María Blázquez* (Vol. 2, pp. 257–270). CHAP, Madrid : Ediciones Clásicas, 1993.
- Hernández Hernández, F., & Galán Domingo, E. (1996). La necrópolis de El Mercadillo. *Extremadura Arqueológica, IV*.
- Hertz, R. (1907). Contribution à une étude sur la représentation collective de la mort.
- Huntington, R., & Metcalf, P. (1979). *Celebrations of Death: The Anthropology of Mortuary Ritual*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kurtz, W. . (1986). El armamento en la necrópolis de las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). *Zephyrus: Revista de Prehistoria Y Arqueología, XXXIX–XL*, 445–458.
- Kurtz, W. . (1987). *La Necrópolis de las Cogotas: Revisión de los materiales de la necrópolis de la segunda edad del hierro en la cuenca del Duero (España)*. Oxford: Oxford: BAR.
- Lorrio, A. J. (1994). La evolución de la panoplia celtibérica. *Madrider Mitteliunen*, 35, 212–257.
- Lorrio, A. J. (1997). *Los celtíberos. Statewide Agricultural Land Use Baseline 2015* (Complutum, Vol. 1). Madrid-Alicante. <http://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
- Lorrio Alvarado, A. J. (1990). La Mercadera (Soria): organización social y distribución de la riqueza en una necrópolis celtibérica. In *Necrópolis celtibéricas: II Simposio sobre los celtíberos [celebrado en Daroca (Zaragoza), del 28 al 30 de abril de 1988]* (pp. 39–50). CHAP.
- Lorrio Alvarado, A. J. (2008). El armamento vettón. *Zona Arqueológica*, (12), 252–275.
- Marco Simón, F. (2012). El horizonte simbólico: dioses y espacios de culto. *Zona Arqueológica*, (12), 277–288.
- Martín Hernández, M., Ruiz Zapatero, G., & Lorrio Alvarado, A. J. (1986). Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis

- comparativo del espacio doméstico. *Arqueología Espacial*, (9), 79–102. JOUR.
- Martín Valls, R. (1985). Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas. *Historia de Castilla Y León, I*, 104–131.
- Martín Valls, R. (1986a). La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización. *Zephyrus: Revista de Prehistoria Y Arqueología*, 39–40, 59–86.
- Martín Valls, R. (1986b). La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización. *Zephyrus: Revista de Prehistoria Y Arqueología*, XXXIX–XL, 59–69.
- Martín Valls, R. (1999). *La edad del Hierro*. (J. . Martín, Ed.) (Historia d). Salamanca.
- Morris, I. (1989). Attitudes toward Death in Archaic Greece. *Classical Antiquity*, 8–II, 296–320.
- Oretaga Esteban, J. (1993). El poblado y la necrópolis de La Coraja, Aldeacentenera, Cáceres. *Cuadernos Emeritenses*, 7, 55–112.
- Ortega Noriega, S. (1985). Introducción a la historia de las mentalidades. Aspectos metodológicos. *Estudios de Historia Novohispana*, 8, 127–137.
- Powell, T. G. E. (1958). *The Celts* (New York,). New York.
- Querol, M. A., Fernández-Miranda, M., & Chapa Brunet, T. (1996). *Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda, volumen 1* (Universida). Madrid: CSIC.
- Richards, J. E. (1999). Conceptual landscapes in the Egyptian Nile Valley. In *Archaeologies of landscape: contemporary perspectives* (pp. 83–100). Oxford: Blackwell Publishers.
- Rodríguez Colmenero, A. (1999). *O santuário rupestre galaico-romano de Panóias (Vila Real, Portugal): Novas achegas para a sua reinterpretação global*. (S.I Ministerio da Cultura, Ed.) (Deorum Té).
- Ruiz Zapatero, G., & Álvarez Sanchís, J. R. (2002). Etnicidad y arqueología: tras la identidad de los vettones. *SPAL: Revista de Prehistoria Y Arqueología de*

*La Universidad de Sevilla*, (11), 253–277. JOUR.

Ruiz Zapatero, G., & Chapa Brunet, M. T. (1990). La arqueología de la muerte: perspectivas teórico-metodológicas. In *Necrópolis celtibéricas: II Simposio sobre los celtíberos [celebrado en Daroca (Zaragoza), del 28 al 30 de abril de 1988]* (pp. 357–374). CHAP. Retrieved from <https://dialnet.unirioja.es/servlet/extart?codigo=917741>

Ruiz-Gálvez Priego, M. (2001). Capítulo 7: Sociedad Argaica. In *La Edad del Bronce ¿Primera Edad de Oro de la Península Ibérica? Sociedad, economía e ideología* (Crítica, pp. 182–216). Barcelona.

Sanchez Moreno, E. (1996). Organización Y Desarrollo Socio-Políticos En La Meseta Occidental Prerromana: Los Vetones. *POLIS, Revista de Ideas Y Formas Políticas de La Antigüedad Clásica*, (8), 247–273.

Sánchez Moreno, E. (1996). Aproximación social a la meseta occidental prerromana: riqueza y jerarquización en la necrópolis de El Raso (sector El Arenal): Candela, Ávila. *Cuadernos de Prehistoria Y Arqueología*, (23), 164–190.

Sánchez Moreno, E. (2000). *Vetones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*. Madrid: UAM Ediciones.

Sánchez Moreno, E. (2005). Caballo y sociedad en la Hispania céltica: del poder aristocrático a la comunidad política. *Gladius. Estudios Sobre Armas Antiguas, Armamento, Arte Militar Y Vida Cultural En Oriente Y Occidente*, 25, 237–264. <http://doi.org/10.3989/gladius.2005.30>

Sopeña Genzor, G. (2008). Aspectos funerarios y religión en la Vettonia. *Zona Arqueológica*, (12), 290–309. JOUR.

Torreira, L. P. (2012). El ritual funerario durante la II E. del Hierro en la Península Ibérica. Algunas reflexiones sobre los grupos marginados por la investigación. *Cuadernos de Prehistoria Y Arqueología de La UAM*, 37–38, 317–331.

Valle, M. A., Serna, A., Muñoz Fernández, E., & Morlote Expósito, J. M. (1996). Las Cuevas Sepulcrales de la Edad del Hierro en Cantabria. In *La*

*arqueología de los cántabros: actas de la primera Reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria, Santander 1995* (pp. 195–279). CHAP.

Vela Cossío, F. (1995). Para una prehistoria de la vivienda: Aproximación historiográfica y metodológica al estudio del espacio doméstico prehistórico. *Complutum*, (6), 257–278. JOUR.

Vincent García, J. . (1995). Problemas teóricos de la arqueología de la muerte. Una introducción. *Arqueologia Da Morte Na Península Ibérica Desde Os Orixenes O Medioevo.*, *Biblioteca*, 15–31.

Wells, P. . (1984). *Fams, villages and cities. Commerce and Urban Origins in Late Prehistoric Europe*. Ithaca: Cornell University Press.

Zapatero Ruiz, G. (2004). Casas y tumbas. Explorando la desigualdad social en el Bronce Final y la I Edad del Hierro del noroeste de la Península Ibérica. *Mainake*, XXVI, 293–330.

